

HOSTILIDAD

clark carrados

CLARK CARRADOS

HOSTILIDAD

EDICIONES TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez 151
Buenos Aires

Portada cedida por 20th. Century Fox

Depósito Legal: B. 24.431 -1967

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 – Barcelona

Capítulo Primero

Los dos exploradores se hallaban suspendidos en el espacio, a unos doce mil kilómetros de Tritón, uno de los dos satélites de Neptuno.

La estación observadora se hallaba situada en el satélite. Neptuno, aún con los adelantos de la época, resultaba inhabitable.

El cohete que les había transportado hasta las alturas, flotaba lentamente cerca de ellos. Juan Alonso y Fiero Bini se hallaban unidos al aparato por sendos cordones que les permitían una entera libertad de movimientos.

El planeta presentaba un aspecto magnificente visto desde el lugar en que se hallaban, a unos trescientos cincuenta mil kilómetros de la superficie. Debajo de ellos, Tritón se presentaba como un mundo de rocas y hielo, muerto, completamente desierto a excepción de los habitantes de la estación.

Alonso y Bini eran portadores de sendos recipientes de forma cilíndrica y de unos cinco litros de capacidad, Eran hombres jóvenes y el humor abundaba en su conversación.

—Nunca había visto nada igual —dijo Alonso de pronto.

—Ni lo verás, porque lo que no es, no puede verse —contestó Bini.

—Ya lo sé, Fiero. Me refería al hecho de enviarnos aquí a recoger muestras del vacío espacial.

—El doctor Alexery debe de estar chiflado, Juan. ¡Enviarnos con estas dos latas a llenarlas de... de nada!

Los recipientes estaban abiertos. Ambos disponían de sendas tapas que ajustaban herméticamente, por medio de un mecanismo

de funcionamiento automático.

—¿Y qué encontrará cuando bajemos a la estación? —preguntó Alonso.

—Nada, ¿qué quieres que encuentre? Ni siquiera le quedará el consuelo de oler cuando destape los tarros.

—Como si fuesen botes llenos de aire de un pinar, ¿no?

Bini soltó una alegre carcajada.

—Se los bajaremos llenos de «espacio» —dijo—. Profesor Alexery, su ración de espacio está servida —añadió jocosamente.

Alonso se echó a reír también.

—No sé qué diablos esperará encontrar dentro de los botes, Fiero —dijo, cuando su hilaridad se hubo calmado.

—Abrirá la tapa y saldrá un demonio. «¡Uuuhhh...!», hará, y el profesor se desmayará de miedo.

—Menos mal que los recipientes son sólidos; de lo contrario, no podrían resistir la presión interna en la estación.

—¿Qué quieres decir, Juan?

—Bueno, ahora los cerramos y queda... nada, el vacío, en su interior; y así seguirá cuando estemos en una atmósfera normal. Las paredes de los botes sufrirán la presión consiguiente.

—Sí, pero el profesor Alexery los colocará boca abajo, abrirá un poquitín la tapa y luego recogerá gota a gota el vacío espacial contenido, echándolo en un plato.

—Para darle gusto a la sopa — rió Alonso atronadoramente.

Bini soltó también una gran carcajada. Cuando hubo dejado de reír, dijo:

—Es hora de que nos volvamos, Juan.

—Sí, Fiero. Tapa bien el bote, que no se te escape el genio que has encerrado.

— ¡Ya está! ¡Ahora lo tengo seguro; no se escapará!

Bini puso en funcionamiento los cohetes propulsores y se dirigió hacia el cohete, en el que entró seguido inmediatamente de Alonso. Los dos hombres dejaron los recipientes en un estante de la cabina de pilotaje y, una vez cerrada la compuerta, restablecieron la presión interior, a fin de poder realizar el regreso sin la incomodidad de los cascos.

El cohete, dada su relativa pequeñez, carecía de esclusa, como las astronaves de gran porte. Alonso y Bini observaron los

indicadores, hasta que vieron que la aguja del manómetro señalaba la presión normal.

—Todo en orden —dijo Bini.

—Temperatura, veintidós centígrados —anunció Alonso.

—Estupendo. Doy el contacto, Juan.

—La presión en los chorros es la correcta.

—De acuerdo, ¡Contacto!

Una llama se encendió en la popa del cohete. Dado que tenía que desplazarse en un lugar carente de atmósfera, parecía un proyectil. Ni siquiera llevaba aletas estabilizadores.

—Fijaré una órbita espiral de regreso, a tres mil doscientos kilómetros por hora —dijo Bini—. ¿Te parece bien?

Alonso hizo una serie de cálculos en la computadora de órbitas del cohete.

—No te quedes corto —dijo al cabo—. Si bajásemos en línea recta, tardaríamos casi cuatro horas. Dado que vamos a describir varias órbitas decrecientes en tomo a Tritón, sugiero que dupliques la velocidad.

—Estoy de acuerdo — contestó Bini, moviendo las palancas de aceleración.

—He colocado el automático de disminución de impulsos —informó Alonso—. Tendremos la señal cuando falten sólo dos órbitas para el aterrizaje.

El cohete se movía con creciente velocidad. Ahora tenían a Neptuno a la cola.

—Me pregunto por qué diablos habremos tenido que subir tan alto para recoger unas muestras... de nada —masculló Bini enojadamente—, ¿No hay también vacío en la superficie de Plutón?

—Recuerda que en determinados lugares, los valles más profundos, sobre todos, existe una atmósfera muy tenue —dijo Alonso—. El profesor habrá querido recoger las muestras «limpias» por completo.

—Y tan limpias..., como que no encontrará nada.

—Esto me recuerda a una definición que hacía mi tía de la nada.

—¿De veras? ¿Era científica?

—No. Era filósofa.

—Bien, suelta la definición —pidió Alonso, devorado por la curiosidad.

—Escucha y no me pegues, Juan —contestó Bini—; La nada es un cuchillo sin mango que no tiene hoja.

Alonso se quedó muy callado. Luego dijo:

—Entonces, esos botes están llenos de cuchillos como los que usaba tu tía, Piero.

* * *

Los botes no estaban vacíos.

El metal perdió la frialdad del espacio en pocos minutos y adquirió una temperatura superior al cero.

El calor de la cámara atravesó en parte las paredes de los recipientes. Dentro de cada uno, dos puntos microscópicos, dos glóbulos invisibles a ojo desnudo, empezaron a crecer.

Aumentaban de tamaño a medida que la temperatura aumentaba también. No tenían forma alguna en un principio y, cualquiera que hubiese podido verlos, habría creído que estaba en presencia de una diminuta nube de gas verdoso.

Los glóbulos crecieron hasta llenar por completo los recipientes, adoptando entonces la forma interior de los mismos. Pero no por ello se detuvo su crecimiento.

* * *

Tritón estaba ya a sólo dos mil kilómetros de distancia.

—La próxima órbita y aterrizamos —dijo Bini alegremente.

Entonces fue cuando se produjo el primer estallido.

—¿Qué es eso? —preguntó Alonso.

Bini se removió inquieto en el asiento.

—Parece como si se hubiese roto algo —dijo.

Se oyó un segundo estallido. Algo cayó al suelo como consecuencia de haber rebotado previamente contra un mamparo.

Los dos hombres se volvieron en el asiento. Alonso reconoció inmediatamente el objeto caído.

—¡Fiero! ¡Es la tapa de uno de los recipientes! —gritó.

Bini levantó la vista hacia el estante. Inmediatamente, sintió un terror absoluto.

—¡Juan! —aulló, poniéndose en pie de un salto.

Alonso le imitó. Sus ojos se dilataron por el espanto.

—¡Dios mío! ¿Qué es eso?

Una cosa verdosa se derramaba desde los recipientes. Parecía un gas, pero también daba la sensación de ser un líquido muy espeso, casi gelatinoso.

¡Y crecía con horrible rapidez!

—¡Los cascos, pronto! —gritó Alonso, reaccionando con rapidez —. ¡Saltaremos al espacio!

Los dos hombres echaron a correr hacia la salida. Pero sus esfuerzos resultaron inútiles.

* * *

La voz del observador gangueó a través de los megáfonos de la estación.

—El cohete de exploración se acerca, profesor.

—Bien —contestó el director de la estación—. Que preparen todo para recibirles.

—Sí, señor.

—¿Están a distancia visual?

—Con el telescopio, sí, señor. Yo mismo les estoy viendo... ¡Eli! —gritó el observador de pronto—. ¡El cohete ha estallado!

Alexery se puso en pie inmediatamente.

—Dé la alarma en el acto. Enviaremos un cohete de socorro —ordenó.

—Temo que ya es tarde, profesor —contestó el observador—. No han podido sobrevivir.

Alexery se quedó atónito durante unos instantes.

—Pero... ¿cómo se ha podido producir esa explosión? ¿No estaban bien revisados todos los mecanismos?

—Imagino que sí, profesor, pero, en todo caso, esa explosión no se ha debido a un fallo interno del aparato.

—¿Cómo? —rugió el director de la estación.

—Profesor, en caso de una explosión debida a un fallo del cohete, tendría que haber visto el fogonazo del combustible deflagrado, ¿no?

—Más o menos... —admitió Alexery cautamente.

—Pues no hubo tal fogonazo —contestó el observador—. Estaba mirando al cohete a través del telescopio y todo lo que vi fue una nube de gas verdoso, que desapareció instantáneamente.

Hubo un momento de silencio. La consternación en el interior de la estación era general.

—Gracias, Bobby —contestó Alexery por fin.

—No hay de qué, profesor.

Alexery cortó la comunicación. Movió una palan-quita y llamó a otro de los miembros de la estación.

—¿Señor Skharine?

—Dígame, profesor.

—¿Ha oído usted lo ocurrido?

—Sí, profesor. Es una lástima; no comprendo cómo ha podido ocurrir. Alonso y Bini eran dos buenos chicos...

—Tal vez alguien se descuidó al hacer la revisión del cohete —dijo Alexery con acento severo—. Pero también puede ocurrir que la explosión se deba a otras causas, ajenas a la voluntad humana»

—Sí, profesor,

—En todo caso, y a partir de este momento, tendrá muy en cuenta dos cosas: una, revisión a fondo de los cohetes. Y cuando digo a fondo no me expreso con una fórmula de rutina.

—Sí, profesor.

—Otra, Skharine: inevitablemente, el cohete ha tenido que quedar fragmentado. Esos fragmentos están dentro del campo gravitatorio de Tritón y acabarán cayendo a la superficie.

—Es lo más probable, profesor.

—Muy bien, entonces, ponga manos al trabajo y calcule cuándo empezarán a caer los primeros trozos sobre Tritón. Entonces, provistos de detectores de metales, se organizarán las suficientes patrullas de exploración para recoger los fragmentos del cohete y proceder a su estudio. Quizá de este modo podamos conocer las causas del estallido.

—Sí, señor.

—Y, mientras tanto, repito —concluyó Alexery—: revisión a fondo de los cohetes y prohibición absoluta de todo despegue, en tanto no se conozcan definitivamente las causas de tal explosión.

Capítulo II

Jim Sage, capitán de la astronave «Anita B.», estaba en su camarote, cómodamente tendido en la litera, cuando vio que centelleaba la lámpara del interfono.

Alargó el pie y tocó la palanquita con el pulgar desnudo. Sin moverse de su posición, con la paja del refresco que tomaba entre los labios, dijo:

—Habla el jefazo.

—Hola, capitán —se oyó la voz de su segundo, Christian Enkle —. Tenemos un cacharro a la vista.

—¿Grande? ¿Patrullera policial?

—No creo que sea una patrullera de la policía, capitán — respondió el segundo de a bordo.

—Entonces, ¡buen viaje!

—Es que ya le he hecho señales, jefazo.

—¿Y qué? Dale recuerdos de mi parte y…

—Capitán, esa nave no contesta.

Sage calló un momento.

—Enkle, rabudo hijo de una salamandra, ¿por qué estropeas mi bien ganado descanso?

—¿Descanso? —contestó el segundo—. Si hace dos meses que no da ni golpe…

Sage acalló las protestas de su segundo por el sencillo procedimiento de cortar el contacto con el pulgar de su pie izquierdo. Luego, lanzando un suspiro de resignación, se puso en pie.

Todo cuanto llevaba de ropa encima eran unos pantalones cortos. Ni siquiera iba calzado.

Cualquiera que hubiese entrado en la «Anita B.» habría creído hallarse en una nave pirata. Las vestimentas que usaban sus

tripulantes eran tan dispares como absurdas, pero, en general, no pasaban de unos pantalones cortos, debido a la excelente temperatura que reinaba en su interior.

Ello se debía a que la «Anita B.» era una astronave privada, no perteneciente a ninguna de las grandes compañías que se disputaban el tráfico espacial. Jim Sage era su capitán y propietario, todo en una pieza, y realizaba frecuentes viajes entre la Tierra y los planetas habitados de la Región Estelar.

Los viajes eran comerciales, de carga, exclusivamente. Sage no quería complicaciones de pasajeros.

—Los paquetes de carga no molestan jamás, una vez han sido estibados en la bodega —decía, con no poca razón.

Dado que sus precios eran moderados, nunca le faltaban fletes en los astropuertos, donde siempre tenía agentes que le proporcionaban carga. La «Anita B.» no tenía rutas fijas; iba y venía de acuerdo con las consignaciones que Sage recibía de sus agentes.

El negocio era floreciente. Sage transportaba muchas veces carga que las naves de poderosas compañías se negaban a transportar, pero la rechazaba si no era de su agrado. Las estadías eran mínimas y disponía de un equipo entrenado a la perfección.

Sage no exigía una disciplina externa. Le bastaba que cada uno de sus tripulantes cumpliese la misión asignada. Insignias y divisas no es que estuviesen proscritas, así como saludos y respuestas reglamentarias, sino que nadie hacía caso de símbolos en los cuales no creían.

Jim Sage abandonó su camarote, sin cuidarse de añadir una sola prenda de ropa a su indumentaria, y se dirigió hacia el puesto de mando. En el camino se cruzó con algunos de sus tripulantes, con quienes cambió algunas bromas.

Se asomó a la cámara de comunicaciones. Un hombre estaba inclinado sobre los aparatos.

—¡Hal! —llamó,

El operador se volvió a medias.

—Dígame, capitán.

—¿Qué hay de esa nave que ha avistado Enkle?

—Estoy tratando de entablar contacto por otros canales que los ordinarios, señor.

—¿Sin resultado?

Hal Dulligan meneó la cabeza.
—Sin resultado, señor.
—Bien, continúe intentándolo, Hal.
—Sí, señor.
El operador continuó la tarea. Poco más allá, Sage se cruzó con Denis Colpotter, su tercer oficial.
Era un buen oficial, un magnífico navegante, pero era el único hacia quien Sage sentía cierta animadversión.
No tenía nada en particular contra Colpotter; antes al contrario, tenía que reconocer que era un astronauta competente y hábil como pocos, pero así como la mayoría de los miembros de la tripulación, por no decir todos, eran de carácter abierto y jovial, Colpotter resultaba un sujeto introvertido, silencioso, poco comunicativo.
Sage pensaba que ello se debía tal vez a una timidez provocada por el horrible aspecto de su rostro, completamente deformado por una serie de cicatrices, cuyo origen no había querido explicar jamás.
Colpotter era el único que no desembarcaba cuando la nave tocaba tierra. Sage habría podido contar con los dedos de la mano las ocasiones en que Colpotter había abandonado la «Anita B.» durante sus estadías en algún astropuerto. Los tripulantes decían de él que estaba ahorrando para el cirujano estético que debía cambiarle la cara.
Era una broma sangrienta que siempre se decía a sus espaldas; Colpotter no hubiese tolerado jamás chanzas a su costa. Pero le respetaban y obedecían sin discusión; en más de una ocasión había probado su valía como navegante del espacio.
Sage llegó por fin a la cabina. Enkle, su segundo, estaba sentado ante los mandos.
—Hola, Christian.
—Salve, gran jefe —contestó el segundo—. Mire la pantalla y muérdase un dedo.
Sage no se mordió el dedo, pero sí frunció el ceño.
—Un eco muy pequeño —dijo.
—Sí —convino el segundo—. Es una nave de pequeñas dimensiones, pero mayor que una patrullera policial.
—¿Viene de muy lejos?
—Cientos de años luz, si no millares.

Sage emitió un silbido de asombro.

—¿Tanto? —preguntó.

—No lo sé. El rastreador de hueco espacial señala un «tubo» cuyo fin no se puede captar. Sencillamente, no termina en ninguno de los sistemas planetarios conocidos.

Sage asintió.

Toda nave interestelar, al volar por el vacío, dejaba tras sí una invisible estela, una especie de «hueco» cilíndrico en el vacío, que tardaba algún tiempo en «cerrarse». Era un invento relativamente reciente y Sage, al que el aspecto exterior de su nave podía importar un pepino, pero que quería estar al día en lo referente a instrumentación astronáutica, lo había adoptado inmediatamente.

Sage citó una docena de nombres como posible procedencia de la nave. Enkle negó rotundamente.

—No viene de ninguno de esos sistemas, jefazo —contestó.

—No irás a decirme que es una nave de otra galaxia —masculló Sage, amoscado.

—Yo sólo digo lo que señalan los instrumentos —Enkle golpeó con el índice la consola de mando—. Y esto funciona a la perfección; me dejaría cortar una mano por apostar al buen resultado de la última revisión.

Sage se pellizco el labio inferior con aire pensativo.

—Y sigue sin contestar a las llamadas —murmuró.

—Sí. Jefe, estoy temiendo lo peor con respecto a la tripulación de esa nave.

—Llama a Dulligan y pregúntale si ha conseguido contactar por otros canales.

—Bien, jefe.

Había otro asiento junto al del segundo y Sage se sentó en él. Alargó la mano y tocó algunos botones.

Una pantalla de televisión se iluminó al instante. Conectada a un potente telescopio, Sage fue aumentando la potencia de visión, hasta que la nave entró en campo.

Enkle dijo:

—Dulligan informa negativamente, jefe.

—Mira, Christian —exclamó Sage de pronto—. ¿Has visto alguna vez una nave como ésa?

El segundo se quedó atónito

—¡Santo cielo! —exclamó—. Pero… si es de un tipo que no se fabrica ya hace más de trescientos años… ¡Qué digo trescientos; cuatrocientos y puede que me quede corto, capitán!

* * *

Los seres que habían destruido el cohete científico eran dos. En cierto modo, eran inteligentes, pero su inteligencia era tan distinta de la humana, como lo eran su forma y su constitución físicas.

Destruyeron el cohete pero no haciéndolo estallar por alguna irreparable avería en los sistemas de propulsión o en los tanques de carburante, sino porque, simplemente, «no cabían» en su interior.

En realidad, no tenían forma; adoptaban la más conveniente para ellos según las circunstancias externas Podían vivir en cualquier ambiente, pero el frío les contraía hasta el punto de alcanzar un tamaño en que resultaban invisibles a ojos vistas.

No obstante su rapidez de crecimiento en una temperatura favorable, su tamaño alcanzaba límites finitos. A partir de ciertas dimensiones, su crecimiento disminuían sensiblemente en rapidez, hasta detenerse del todo.

Cuando reventaron las tapas de los recipientes en que estaban contenidos, su velocidad de crecimiento se hizo vertiginosa. No albergaban intenciones hostiles contra Alonso y Bini y hubieran querido salvarles la vida, pero los mataron al dilatarse de tal modo, que hicieron saltar los mamparos y la estructura del cohete en mil pedazos.

Su cuerpo gozaba de las propiedades de los tres estados conocidos en la Tierra: eran sólidos, líquidos y gaseosos a la vez; podían soportar temperaturas de miles de grados y también el letal frío del espacio.

En el espacio, sin protección, podían vivir incontables períodos de tiempo. En el interior de lugares donde reinasen temperaturas superiores a los cien grados centígrados, su término vital era mucho más reducido. Hubieran entrado y salido de un horno de fundición sin sufrir daños, pero no hubiesen resistido más de cinco o seis horas en el seno de la masa de metal líquido.

Cuando el cohete estalló, su contracción fue rapidísima, casi instantánea. En cuestión de segundos, se defendieron contra las

bajísimas temperaturas del vacío espacial, reduciéndose de tamaño, hasta adoptar el de un infusorio. Medidos al microscopio, habrían dado un diámetro no superior al de media décima de milímetro.

Después de la explosión, revolotearon por el espacio unos momentos, arrastrados por la vorágine de los gases escapados del cohete destruido. Al fin, uno y otro consiguieron adherirse, mediante unos finísimos seudópodos, a un trozo de plancha de acero, que empezó a caer lentamente hacia la superficie de Tritón.

La disminución de tamaño no significaba disminución de masa y así, el peso de aquellos seres microscópicos era enorme. Alonso y Bini no habían advertido nada, porque se hallaban en un lugar sin gravedad.

Lentamente al principio, con mayor rapidez después, el trozo de plancha de acero fue acercándose a la superficie del satélite de Neptuno. Al fin, se estrelló contra un gran témpano de gases helados, en donde quedó, asomando solamente una punta de bordes retorcidos y desgarrados.

* * *

—Una nave de hace cuatrocientos años —repitió Jim Sage pensativamente.

—Así es —insistió su segundo—. Si de algo me siento orgulloso, es de mis buenas calificaciones en Historia de la Astronáutica. ¿No ve usted, jefazo, que lleva incluso aletas estabilizadoras?

—Sí, es cierto —convino el capitán de la «Anita B.» —.Lo más probable es que se encuentren en algún grave apuro. ¿Cuál es la distancia, Enkle?

—Ciento cincuenta y cinco mil, en cifras redondas.

Sage tomó rápidamente una decisión.

—Vamos a acercamos a esa nave, Enkle. Cuando estemos a distancia visual, haz señales ópticas con una lámpara.

—Entendido.

—Puede que tengan avería en los sistemas de comunicaciones. Es difícil, porque no conozco ninguna nave que no lleve, por lo menos, un transmisor de emergencia, pero, en fin, es posible que tengan todo estropeado. Sin embargo, no les creo tan desprovistos de sentido común como para que no les quede encima ni una mala

linterna eléctrica, con la que hacer señales aunque sea tapándola y destapándola con la mano.

—Muy descuidados tendrían que ser, en efecto —concordó el segundo.

Y acto seguido, Christian Enkle empezó a introducir en la computadora de órbitas los nuevos datos para la variación de rumbo, así como la velocidad de alcance, a fin de aproximarse a la nave desconocida y silenciosa.

Tres horas más tarde, Jim Sage dio una orden:

—Que se prepare la patrulla de socorro. Lleven alimentos, medicinas y sopletes para perforar el casco, si no pueden abrimos desde el interior.

La nave estaba a distancia visual sin instrumentos. Sus portillas estaban apagadas y nadie contestaba a las señales luminosas que, minuto tras minuto y. sin desmayo, les dirigía el segundo de la «Anita B.».

Capítulo III

Las dos naves flotaban en el espacio, aparentemente inmóviles, a menos de trescientos metros de distancia.

El contraste entre las estructuras respectivas de ambas era patente. Mientras la «Anita B.» tenía la forma lenticular, que se había revelado como más conveniente para los viajes espaciales, la nave desconocida tenía la forma primitiva, de un gran cilindro, rematado en una aguda punta ojival en la proa y con grandes aletas estabilizadoras en la popa.

Era una forma ya en desuso cientos de años antes. Mientras las dos enormes máquinas se acercaban lentísimamente, Sage hubo de reconocer que su segundo tenía razón.

Observaba a la nave a través de un gran ventanal, a su lado los tripulantes hacían toda suerte de excitados comentarios.

Había uno, sin embargo, común a todos, incluyendo al capitán de la «Anita B.»:

—¿De dónde provenía aquella astronave?

Un cuarto de hora más tarde, Enkle, que dirigía la maniobra de aproximación, presionó una tecla en la consola de mandos y varios arpeos electromagnéticos salieron disparados, agarrándose el casco situado a menos de treinta metros de distancia.

La «Anita B.» se estremeció ligeramente. Enkle, a través de los altavoces, anunció:

—¡Contacto realizado! ¡Puede salir la patrulla de socorro!

—Bien —dijo Sage—, allá vamos.

Se ajustó el casco espacial y probó los depósitos de aire. Cuando se disponía a franquear la compuerta interna de la esclusa, un hombre se le acercó corriendo.

Era el tercer oficial, Colpotter. Llevaba su casco en la mano y parecía sumamente excitado.

—Capitán, ¿puedo ir yo también? — solicitó con gran vehemencia.

Sage se quedó atónito.

En su vida de astronauta, no era la primera vez que socorrían a una astronave en apuros. Colpotter, sin embargo, jamás había intervenido en las operaciones exteriores, si bien era cierto que pocos como él habían atendido tan bien a los astronautas rescatados, una vez en seguridad a bordo de la «Anita B.».

De todas formas, era un buen elemento. Sage pensó que no había causas para negarse a su petición.

No oyó las palabras del oficial, pero leyó la petición en sus labios y en la expresión de su rostro destrozado. Movió la cabeza afirmativamente y, por primera vez en años, Sage creyó ver una especie de sonrisa en los deformes labios de Colpotter.

— Gracias, capitán —contestó el oficial.

Momentos después, media docena de hombres se hallaban en la esclusa. Cuatro de ellos llevaban sendas bolsas con agua, que se helaría, pero sería descongelada rápidamente en caso necesario, alimentos, medicinas y herramientas para forzar el casco, si las escotillas no se podían abrir desde el interior.

Un minuto más tarde, se hallaban en el espacio. Navegaron lentamente, propulsados por los cohetes individuales, pero sujetos siempre con una mamo a los cables de los arpeos. El calzado que llevaban era asimismo magnético, lo cual les impediría separarse del casco.

Estaban llegando a la nave, cuando sonó la voz del segundo.

—Jefazo, veo el nombre de la nave.

—Buena noticia. ¿Por qué no lo vimos antes?

—Está muy borrado, raído diría yo... como si la pintura hubiera sufrido los efectos de la corrosión. Ahora, la luz de la «Anita B.» incide de tal modo, que puedo leer las letras perfectamente. El nombre es Myra Payton».

Sage emitió un silbido.

—Ése es un nombre terrestre, Enkle.

—Terrestrísimo — contestó el segundo, que no carecía de sentido del humor—. Pero no creo que conste en mi libro de registro de naves actualmente en servicio; sólo llega hasta doscientos cincuenta años.

—Bien, en todo caso, enviaremos más tarde un mensaje al Spatial Lloyd's. Allí tienen archivos de todas las astronaves construidas desde que se inició la conquista del espacio.

Sage se preguntó quién podría ser aquella Myra Payton, en cuyo honor se había bautizado la nave con su nombre. «Debió de morir sin saber qué le había ocurrido a "su" astronave», pensó.

Ya estaban junto al casco. Las portillas continuaran sin luz.

—Golpeen con un martillo y apliquen un audífono de vibración —ordenó.

Uno de los tripulantes aplicó una especie de ventosa al casco de la «Myra Payton». La ventosa estaba unida a un cable flexible, y terminaba en otra análoga, que pegó al lateral derecho de su casco espacial.

Era, ni más ni menos, que un estetoscopio, que servía para las comunicaciones en caso de avería de los transmisores de radio. Otro tripulante golpeó el metal de la nave varias veces con un martillo.

Al cabo de unos minutos, el observador dijo:

— No contesta nadie, capitán.

Sage asintió. Remontándose unos metros, se acercó a un gran ventanal y aplicó al vidrio el foco de una lámpara.

La luz le reveló una anticuada cámara de mando, completamente desierta. Moviendo la lámpara, pudo apreciar que la puerta de acceso estaba herméticamente cerrada.

—Revisen las escotillas —ordenó—. Prueben si se puede abrir alguna desde el exterior.

La respuesta resultó negativa. Quince minutos después, Sage decidió entrar en la nave a través de la cámara.

—Rompan el cristal —ordenó.

El soplete entró en funcionamiento. La feroz temperatura del espacio no podía nada contra aquel chorro de fuego de más de un metro de largo, a varios miles de grados centígrados.

El cristal saltó. Un chorro de gas blanco salió en el acto y se disipó casi instantáneamente.

Era el aire contenido en la cámara. Una vez tuvo espacio suficiente, Sage pasó a través de la abertura.

— Esto es una reliquia —dijo, al observar los mandas de la nave.

—Parecemos arqueólogos —comentó alguien a sus espaldas.

Sage se inclinó sobre los controles y leyó algunos de los rótulos

grabados en los mismos.

—No hay duda; es una nave terrestre.

Uno tras otro, todos los componentes de la patrulla fueron entrando en la cabina de mandos. Colpotter se acercó a la puerta.

—¿Abro, capitán?

Sage dudó un momento.

—Quietos todos —dijo.

Los tripulantes se inmovilizaron en él acto. Todos miraban a su capitán, el cual, rígido, inmóvil, aparecía quieto, como si escuchase algo que hubiese llamado especialmente su atención.

La expectación era enorme. Al fin Sage dijo:

—Hay algunos motores en marcha. Percibo una tenue vibración a través de mi calzado.

—Entonces, si hay motores en marcha, tendremos luz —manifestó el tercer oficial con firme acento.

Y acercándose al puesto de control, tocó un par de teclas.

Un torrente de luz inundó la cámara en el acto. Sonaron algunas exclamaciones de alegría.

—Esto ya es otra cosa.

—Empezaba a ponerme nervioso.

—Nunca me gustó la oscuridad; así me siento mucho más tranquilo.

Tales eran los comentarios. Sage sonrió; a él le habría pasado algo parecido.

—No es agradable hallarse a bordo de una astronave fantasma, en efecto —declaró.

Luego se acercó a la puerta y la examinó durante unos instantes.

—¿Abro, capitán? —preguntó Colpotter.

—Espere un momento —contestó Sage—. ¡Rivas!

—¿Sí, jefe? —contestó uno de los tripulantes.

—Tapa el hueco. Necesitamos abrir esa puerta y, si queda alguien vivo al otro lado, podría morir al escaparse el resto de la atmósfera respirable.

—No puede quedar nadie con vida, capitán —aseguró Colpotter—. Ya habrían contestado a nuestras señales.

—Bien, de todas formas, siempre podemos salir por el mismo sitio. ¡Date prisa, Rivas!

—Ahora mismo, capitán.

El tripulante se acercó a la ventana. Llevaba a la espalda otro tubo, además del que contenía el aire que respiraba. Aquel tubo disponía de una delgada manguera flexible, rematada en un pico de metal, dotado de una especie de gatillo.

Rivas apretó el gatillo y un chorro de una sustancia en apariencia gelatinosa brotó al instante de la manguera, solidificándose casi instantáneamente. Era una sustancia plástica, de gran resistencia a la tensión y notable adherencia, que en pocos momentos formó una película sólida, que cubrió el hueco abierto por el soplete.

El tripulante comprobó que no había quedado ningún orificio por el que pudiera escapar el aire. Entonces se volvió hacia Sage.

— Listo, capitán.

—Bien, vamos a pasar al otro lado.

Colpotter estaba junto a la puerta y la abrió en un santiamén. El corredor que permitía el acceso al resto de la nave quedó ante los ojos de los expedicionarios.

Había varias puertas a ambos lados del corredor. Sage y Colpotter fueron abriéndolas y examinando el interior de los camarotes, que aparecían vacíos. Colpotter era el que más prisa se daba de todos.

Sin embargo, fue Sage el que la encontró.

Estaba en el último camarote de la izquierda. Cuando abrió la puerta, desesperaba de encontrar ya a nadie con vida en la astronave.

—Examinen el resto del aparato —ordenó, ya con la mano en el pomo— ¿Hay indicios de radiactividad?

—Por ahora no, señor —contestó uno de los tripulantes.

Al final del pasillo había una escalera que conducía a un piso inferior. Colpotter había bajado ya cuatro o cinco peldaños, cuando sonó la voz de Jim Sage.

—¡Hay una mujer a bordo!

Inmediatamente, se produjo una estampida hacia el camarote en cuya puerta se encontraba Sage. Los seis hombres se arremolinaron en sus ansias de contemplar a la mujer.

—¡Dejad paso! —gruñó el tercer oficial de mal talante.

Sage cruzó el umbral, deteniéndose a un par de pasos de la litera donde ella estaba echada, completamente inmóvil, con los ojos

cerrados.

Era muy bella y de formas estatuarias. Tenía la piel blanquísima y el cabello negro como ala de cuervo. No se le podía apreciar el color de las pupilas, pero los labios, aun estando descoloridos, no tenían la lividez característica de la muerte.

Una delgada manta cubría su cuerpo hasta cerca del pecho, sobre el cual tenía cruzadas sus manos, de dedos largos y finos. Inclinándose sobre ella, Sage pudo apreciar que las uñas le habían crecido un par de centímetros.

El pelo, suelto, tenía asimismo una gran longitud. Sage puso un dedo sobre su mejilla.

—No tiene la Maldad de los difuntos, pero tampoco está caliente como una persona viva —dijo.

—Debe de estar sumida en estado cataléptico —apuntó alguien.

—Por medio de una droga, tal vez —dijo otro.

—Sí, pero, ¿por qué lo hizo? —exclamó un tercero.

De repente, Jim Sage concibió una idea.

—Podemos averiguar lo que pasó de la manera más sencilla del mundo —dijo,

—¿Cómo? —preguntó uno de los tripulantes.

—El diario de a bordo.

—¡Yo iré a buscarlo! —se ofreció el tercer oficial

Capítulo IV

Los dos seres microscópicos permanecieron durante días en el hielo.

Era un paraje desierto, situado en el fondo de un valle de angostos muros. Elevadas montañas de agudos picos cerraban el valle por tres sitios.

Hacia el Norte, con relación al satélite de Neptuno, había un paso por el que se podía acceder al valle en caso necesario. Los ocupantes de la estación de observación solían ir, sin embargo, por el lado opuesto, a pesar del rodeo que ello significaba, con la consiguiente pérdida de tiempo.

La meteorología, en Tritón, era muy variable. De una calma absoluta se pasaba a un estado de violentísima tempestad en menos de media hora. Entonces, los vientos, con velocidades de doscientos cincuenta a trescientos kilómetros por hora, descendían con silenciosos aullidos por el paso, y arrasaban cuanto encontraban en camino. Estar en las alturas del paso durante una tempestad hubiera significado la muerte.

Los huracanes perdían buena parte de su fuerza al llegar al fondo del valle, Como la predicción meteorológica era punto menos que imprevisible, cuando alguien salía fuera de la estación, lo hacía a cubierto razonable de todos los riesgos.

Aquellas tempestades estaban desencadenadas por súbitas variaciones en el estado de los gases congelados, alteraciones que eran provocadas por la inestabilidad interior del satélite, en donde había aún enormes extensiones de su masa en estado de fusión.

Las erupciones internas provocaban una ligera variación de temperatura en la superficie helada. Bastaba una diferencia de unas pocas decenas de grados para vaporizar el metano y el amoníaco helados, y entonces sobrevenían los huracanes que devastaban la

zona donde se producía la tormenta.

Los dos hombres de la estación llegaron al valle. Ambos estaban quejosos de la decisión del profesor Alexery.

Habían viajado en un vehículo especial para aquella clase de terreno, grande, sólido, pesado, con dispositivos de anclaje automático, que le habrían permitido resistir vientos de las mayores velocidades conocidas. Su planta de energía podía proporcionarles luz, calor y aire durante largas semanas en caso de bloqueo.

En tal circunstancia, un mecanismo automático habría lanzado al aire una diminuta estación de radio, sostenida en el espacio por antigravedad, que habría informado constante y automáticamente de su posición para que los ocupantes pudieran ser socorridos. Ciertamente no se había dado aún ningún caso; la duración máxima de las tormentas oscilaba siempre entre las veinticuatro y las treinta y seis horas.

No se conocía ningún caso en que una tormenta de gases súbitamente descongelados hubiese durado dos días enteros.

Larry Elder saltó al suelo y contempló el desolado valle.

—Aquí no puede haber nada —dijo a través de la radio.

—Bueno, pondremos en marcha el detector y nos iremos dentro de diez minutos —contestó su compañero, Jean Dunon.

—El profesor está chiflado —rezongó Elder—. ¿De qué le va a servir un trozo de metal, eh, vamos a ver? El cohete estalló y nada de lo que hagamos devolverá la vida a nuestros dos compañeros.

—Sí, pero eso tal vez impida posteriores explosiones. Quizá se produjo por fatiga del metal…

—Fatiga, del metal, un cuerno —mascullo Elder—. ¿No está todo archisuperextracomprobado cuando sale de fábrica? El fallo estriba en…

—Calla —le interrumpió Dunon de pronto—. El detector señala la presencia de una masa metálica cercana.

Elder se acercó a su compañero y observó las marcaciones de la esfera indicadora.

—Parece que es hacia allí —dijo.

—Sí, yo también lo creo —convino Dunon.

Los dos hombres caminaron un centenar de pasos.

Además de las indicaciones de la aguja había una lamparita destellante, cuyas oscilaciones se hacían más frecuentes a medida

que se aproximaban al objetivo.

Cinco minutos después la lámpara quedó encendida sin apagarse ni una sola vez.

—¡Ahí está! — exclamó Dunon, señalando con la mano un objeto oscuro y brillante que sobresalía de en amontonamiento de hielos.

Elder se acercó al trozo de metal, que medía aproximadamente dos metros de largo por uno y medio de ancho en la parte que era visible. Encendió una lámpara y examinó los bordes del metal.

—Por lo que yo veo, y aun sin ayuda del microscopio, esto no se trata de un caso de fatiga del metal —dictaminó al cabo.

—Bueno, eso lo dirán los expertos en la estación —contestó Dunon—. A nosotros nos compete solamente llevarles ese trozo de plancha.

—Sí, tienes razón; que se las arreglen como puedan.

—Voy a acercar la oruga —dijo Dunon—. Ese trozo de metal es demasiado grande para llevarlo en la cabina.

—Yo iré quitando el hielo mientras tanto. Jean, ¿cómo lo llevaremos? ¿Remolcándolo con un cable?

—Creo que podrá ir suspendido de la grúa. En todo caso, lo sujetaremos bien para que no oscile durante el camino de regreso.

—Muy bien, Jean; anda, date prisa.

Elder llevaba suspendido del cinturón un pequeño pico de geólogo. Empuñándolo con mano resuelta, empezó a golpear el hielo.

Minutos después pasaban un sólido cable alrededor del trozo de plancha, cuyo origen ya no se podía negar. El tamaño definitivo de la plancha era de tres metros y medio de largo por dos y un cuarto de ancho, y su forma era bastante irregular.

Dunon puso la grúa en funcionamiento. La plancha permaneció inmóvil.

—¡Vamos, tira! —gritó Elder.

—¿Qué te crees que estoy haciendo? —contestó Dunon malhumoradamente—. Pero esa plancha es muy pesada...

—¿Pesada? No me digas que tu maldita grúa no puede levantar un peso de una tonelada escasa...

—El dinamómetro me da un peso de tres bien corrido, Larry — contestó Dunon.

Elder se volvió hacia el vehículo y miró a su amigo con ojos de pasmo.

—¿Tres toneladas? — repitió—. ¡Eso es imposible, Jean!

—¡Pues si no me crees, ven aquí y míralo tú mismo, diablos!

Elder frunció el ceño mientras contemplaba el trozo de plancha de metal.

—¿Será de una nave desconocida? —dijo Meso de perplejidad.

* * *

Jim Sage tomó el libro que le ofrecía su tercer oficial.

—El diario de a bordo, señor —dijo Colpotter. Y añadió—: He podido observar que le faltan bastantes hojas.

—Parece extraño —comentó Sage—. ¿Se ha fijado usted en la fecha de la última anotación?

—Sí, señor: 7 de febrero de 2093.

Sage miró a Colpotter con aire de sorpresa.

—¿Ha dicho 2093?

—Véalo usted mismo, capitán —contestó el oficial.

Sage buscó por las páginas del libro hasta encontrar unas líneas escritas indudablemente por una mano femenina.

Colpotter no había mentido: la fecha era perfectamente legible.

Sage volvió los ojos y miró a la muchacha, que seguía inmóvil en la misma postura en que estaba cuando la encontraron.

—Dios mío... —murmuró aterrado y asombrado a un tiempo—. Entonces eso significa que ella tiene... cuatrocientos años de edad…

—Así es, señor —concordó el oficial—. Estamos en el año 2477 y ésa chica aparenta haber nacido hace sólo unos veinticinco o veintiséis años.

—Bueno, el diario puede tener cuatrocientos años —dijo Sage, rehaciéndose de la sorpresa—. Pero ella no es tan vieja; no puede haber vivido tanto tiempo. ¡Oiga, Denis, si ahora, aun con todos los adelantos, la vida media de un hombre es sólo de ciento cincuenta años!

—Quizá vagaba por el espacio y encontró la nave y se refugió en ella —apuntó Colpotter.

—Sí, pero ¿por qué no despierta?

—¿Está viva?

Hubo un momento de silencio.

De pronto Sage cerró el diario de a bordo con seco golpe.

—Vamos a trasladarla a nuestra nave —ordenó —. Luego enviaremos un mensaje a la Oficina Directriz de Astronáutica comunicando lo sucedido. Pediremos un remolque para la «Myra Payton» y, mientras tanto, nos mantendremos abarloados a su costado.

—Sí, señor.

—Enviaremos también otro mensaje a nuestro agente de la Tierra. Debe ponerse en contacto con mi oficina jurídica; tenemos derecho a una prima de salvamento y no vamos a perderla, naturalmente. Alguien tiene que pagar el tiempo y el combustible derrochados,

—Me parece muy lógico, capitán —aprobó Colpotter.

—Perfectamente, Denis. Vaya disponiendo ahora el traslado.

—Sí, señor.

De pronto uno de los tripulantes lanzó una exclamación.

—¡Eh, capitán, la chica respira!

Sage se volvió y contempló a la durmiente.

Su pecho se alzaba suavemente, con gran lentitud, en el movimiento necesario para llenar de aire los pulmones. Por un momento, Sage creyó que la joven iba a despertar, pero no ocurrió así, y continuó con los ojos cerrados.

La inspiración y la expulsión de aire duraron en conjunto casi un minuto. El movimiento era apenas perceptible y, una vez concluido, el pecho de la joven tomó a su primitiva inmovilidad.

Sage comprendió inmediatamente lo que ocurría.

—Está sumida en una catalepsia, probablemente artificial —dijo —. Por lo tanto, no necesita respirar al ritmo de quince o dieciséis veces por minuto como lo hacemos nosotros.

—Yo creo que debe respirar una vez o dos por hora —apuntó el tercer oficial—. A mi juicio, tiene más que suficiente para mantener el mínimo de sus funciones vitales.

—Sí, eso creo yo también —contestó Sage—. De todas formas, lo comprobaremos una vez que estemos a bordo de la «Anita B.».

—De acuerdo. Ahora mismo vamos a comenzar el traslado.

Media hora más tarde, Sage estaba en su camarote.

La joven había sido colocada en una cámara destinada para ella

sola. Aún no había recobrado el conocimiento.

Sage se hizo traer una cafetera llena que colocó a su lado, sobre la mesa. Abrió el libro y empezó a pasar páginas.

Faltaba la inmensa mayoría de las anotaciones, pronto se dio cuenta de ello. Las hojas estabas arrancadas desde el principio hasta pocas fechas antes de la última anotación.

La letra era indudablemente femenina. No cabía duda, por tanto, de que la joven se había quedado sola a bordo de la «Myra Payton».

Pero ¿qué había provocado la catástrofe? ¿Por qué sólo ella había sido la superviviente de una tripulación que, sin duda alguna, debía de estar compuesta por un par de docenas de personas, si no más?

Empezó a leer. La primera anotación carecía de fecha y estaba incompleta, sin duda por hallarse el principio en la página inmediatamente anterior, que había sido arrancada por… ¿por quién?, se preguntó Sage.

Era otro de los muchos misterios que encerraba la «Myra Payton» en su seno. Seguramente, se dijo, se desvelarían cuando ella se despertase.

«…estoy sola en Kaudeddir. Todos han muerto menos uno, el segundo oficial, Rud Offrex.

«Se marchó en uno de los cohetes auxiliares de la nave. No quisiera entrar en los motivos que le impulsaron a cometer semejante acción ni tampoco quisiera llamarle cobarde, pero…

«Si continúo en Kaudeddir acabaré muriendo también. ¡Es horrible vivir sola, insoportable y absolutamente sola como un nuevo Robinson del espacio interestelar, a mil doscientos años luz de la Tierra!

«¿Podré volver allí algún día?»

* * *

«Nueve de diciembre de 2092.

«Han pasado tres meses desde que murió el último tripulante. He procurado distraer mi imaginación trabajando intensamente. Es mi única posibilidad de regreso y no debo desperdiciarla.

«Puesto que me encuentro en riesgo de morir, al menos que sea en el espacio, intentando el regreso a la Tierra».

* * *

«Cinco de enero de 2093.

«Las reparaciones van por buen camino. Creo que he hallado la fórmula para que el motor estelar funcione de nuevo correctamente.

«No haré ninguna prueba, excepto la definitiva. Cuando lo tenga todo listo me lanzaré el espacio.»

* * *

«Cinco de febrero de 2093.

«Estoy terminando. Un día, dos todo lo más, y podré emprender el viaje de regreso.

«Llegar a Kaudeddir nos costó año y medio. He permanecido casi tres en su superficie. ¿Qué tiempo emplearé para el regreso?

«Son mil doscientos veinte años luz. La velocidad de impulsión habrá de ser menor forzosamente.

«Hay un problema que me preocupa gravemente.

«En el viaje de ida se produjeron algunos roces y discusiones entre la tripulación. Era cosa lógica; un encierro continuo acaba produciendo graves tensiones de ánimo que sólo se descargan mediante estallidos verbales y aun acciones físicas.

«Las tensiones desaparecían cada vez que nos aproximábamos a un mundo por explorar, y cesaron del todo al aterrizar y establecemos en Kaudeddir. Pero, a fin de cuentas, aquellas discusiones eran un modo de relajar los ánimos tensos.

«¿Qué haré yo sola durante tanto tiempo? ¿Puedo llegar a volverme loca viajando sin ninguna compañía durante meses y meses..., años tal vez?»

* * *

«Siete de febrero de 2093.

«La nave está reparada hasta donde alcanzan mis conocimientos.

«Mo quiero seguir en Kaudeddir ni un minuto más de lo estrictamente necesario. Zarparé apenas haya concluido esta

anotación.

«Estuve por la mañana en el cementerio. Hay allí treinta y nueve tumbas. Me despedí de mi padre, de todos los tripulantes que hicieron el viaje alegre, confiadamente, esperanzadamente. Busqué flores y las esparcí por las tumbas.

«Ellos ya no volverán a ver jamás la Tierra. ¿La veré yo?

«Creo que he encontrado la fórmula para evitar la locura causada por la soledad.

«El médico de la nave, doctor Kutzinkov, había sido partidario de sumir a los tripulantes, por turnos, en estado cataléptico a fin de hacerles dormir durante determinados períodos de tiempo y evitar roces y disensiones perniciosos. Otros tripulantes permanecían en vigilia durante su catalepsia y, pasado el tiempo marcado, les despertarían con usa inyección del revitalizador que Kutzinkov tenía preparado.

«Pero el capitán Payton no quiso recurrir a ese procedimiento. Sostenía la teoría de que un navegante del espacio debe mantenerse despierto mientras dura su viaje. Según su punto de vista, no dejaba de tener razón.

«Sin embargo, yo debo hacerlo; no puedo permanecer años sola en la nave. Si alguien me encuentra un día deberá buscar en el armario del botiquín de la nave; allí encontrará la droga revitalizadora con las debidas instrucciones para despertarme... si no lo he hecho yo antes, pues la dosis que voy a tomar me producirá un sueño de tres años.

«Termino la anotación. Voy a zarpar con la ayuda de Dios.

«¡Que Él me guíe en mi viaje de vuelta hasta la Tierra!

Firmado: Myra Elisabeth Payton.»

Capítulo V

El tractor llegó por fin a las inmediaciones de la estación.

Elder y Dunon habían debido llevar la plancha a remolque, vista la imposibilidad de alzarla con la grúa.

El profesor Alexery salió fuera de la estación, acompañado por algunos de los técnicos.

—¿Están seguros de que esa plancha procede del cohete? —preguntó.

—Por el aspecto, así lo parece, profesor —respondió Elder —; pero, en tal caso, no comprendo cómo puede dar un peso muy superior a las tres toneladas.

Alexery contempló el trozo de metal con aire pensativo.

—Por el tamaño, no puede pesar más de una tonelada, tonelada y media cuando más —dijo al cabo —. Y me refiero a peso en condiciones de gravedad terrestre, por supuesto.

—Tal vez en el espacio ha sufrido alguna modificación molecular...

Alexery miró al osado que había aventurado lo que él estimaba un solemne disparate.

—En todo caso, su peso sería muchísimo menor —contestó—. De todas formas, lo que verdaderamente nos interesa es averiguar las causas de la explosión. ¡Gosper! —llamó de pronto.

—Dígame, profesor.

—Encárguese de llevar esa plancha al cobertizo número tres. Está prácticamente vacío y podremos instalar en él todos los aparatos que sean precisos para estudiarla a fondo.

—Sí, profesor.

Alexery se volvió hacia los tripulantes del vehículo que había remolcado el trozo de metal.

—Hicieron una buena faena —elogió—. Dejen el tractor en su

hangar y descansen durante veinticuatro horas.

—Gracias, profesor —contestaron Elder y Dunon al mismo tiempo.

Henry Gosper quedó allí con un grupo de técnicos. Tras un ligero examen de la plancha y de su situación, dio orden de meterla en el cobertizo señalado, lo que tuvo que hacer con la ayuda del tractor.

Sin el remolque del vehículo no hubieran podido mover la plancha. Ninguno de los presentes se explicaba cómo podía pesar tanto un trozo de metal que, dada la inferior gravedad de Tritón, debía haber sido manejado con muchísima mayor facilidad.

Por fin la plancha quedó en el cobertizo. El conductor del remolque lo sacó afuera y Henry Gosper se dispuso a cerrar.

En aquel momento sonó una campana.

—Hora de comer —dijo Gosper—. Emprenderemos el trabajo más tarde.

El interior del cobertizo estaba sujeto todavía al vacío externo. Gosper, a fin de no perder tiempo llenando de aire la estancia, propuso dirigirse al comedor, situado en el lado opuesto, por el camino externo.

De este modo se evitaban pasar por dos esclusas. Una vez hubiesen terminado de comer, regresarían por el interior de la estación y, tras establecer una atmósfera conveniente, iniciarían los trabajos.

La propuesta fue aceptada en el acto. Al salir, Gosper cerró la compuerta externa.

Los dos seres quedaron allí, adheridos aún a la plancha. La temperatura, pese a ser bajísima, era un tanto superior a la que reinaba en aquellos momentos fuera del cobertizo.

El tamaño de los dos seres aumentó un tanto. Pese a todo, su diámetro no rebasaba aún el de una cabeza de alfiler. Eran visibles, pero sólo conociendo el lugar exacto en que se encontraban.

* * *

Uno de los tripulantes de la «Anita B.», Rick Cavera, había cursado estudios de medicina. A punto de concluir la carrera se había hartado de enfermos y enfermedades y había mandado libros

y estudios al diablo.

Pese a todo, como lo que se aprende es difícil de olvidar, Cavera era el que se ocupaba de la salud de los tripulantes de la astronave, siempre que no se tratase de cosas graves. Pero reducía fracturas y propinaba medicamentos sencillos en casos de enfermedades ligeras. También ponía inyecciones.

Con la respiración en suspenso, Jim Sage contempló las operaciones que realizaba su subordinado. Al fin la jeringuilla llena de un líquido color verde muy claro, en el que se veía un continuo centelleo de chispitas doradas.

—Según las indicaciones, diez centímetros bastarán — dijo Cavera a la vez que limpiaba el brazo izquierdo de la durmiente—. En caso de que no despertase antes de una hora habrían de aplicársele cinco centímetros más. Sin embargo, yo creo que bastará con la primera dosis.

—En teoría, así es; la medicina está calculada para despertar a una persona que haya permanecido sumida en estado cataléptico durante un período de seis meses a seis años. ¡Pero Myra Payton lleva durmiendo ya cuatro siglos!

Cavera sonrió al oír la exclamación de Sage. Buscó la vena; la encontró y pinchó.

— Si esto no da resultado, capitán, entonces se inclinará sobre ella, la besará suavemente en los labios... ¡y la bella durmiente despertará en el acto para caer en los brazos de su príncipe azul!

La droga pasó a la vena de Myra Payton. Cavera retiró la aguja y frotó el brazo con el algodón empapado en azul.

— Por otra parte —añadió socarronamente—, no sería la primera.

Cavera sabía, como todos los tripulantes de la «Anita B.», el éxito que Jim Sage tenía entre las mujeres. Sage era un hombre joven, de treinta y seis años, de gallarda apostura, cabellos castaños, ojos claros y la suficiente fealdad varonil para parecer aún más guapo a los ojos de las mujeres.

— No tengo costumbre de despertar a chicas que llevan durmiendo cuatro siglos —respondió Sage amostazado.

Pasaron algunos minutos, El pecho de la joven se elevó de pronto.

Cavera consultó su reloj.

—La velocidad de inspiración se ha acelerado —dijo.

Un buen grupo de tripulantes se agolpaba en la puerta de la cámara, ávidos de ver despertar a la muchacha. Discretos, sin embargo, guardaban un silencio absoluto.

Myra respiró de nuevo. Sage creyó ver cierta coloración en sus mejillas.

—Despertará muy pronto, jefazo —dijo Cavera.

La respiración de la joven se hizo más regular.

Ahora alcanzaba un ritmo de cuatro o cinco inspiraciones por minuto.

Un cuarto de hora más tarde, Myra respiraba casi normalmente. Sus labios tenían un color más vivo y las mejillas, aun continuando blancas, habían perdido ya la palidez de cera que habían tenido en un principio.

A los treinta minutos de la inyección, Myra dio la primera señal de vida: ¡estornudó sonoramente!

—¿Habrá algo que le produzca alergia en la nave?

—exclamó Sage alarmado.

—Sí, el calendario —contestó Cavera irónicamente.

Un minuto después, Myra abrió los ojos.

El silencio era absoluto. Las luces de la cámara habían sido atenuadas para no causar a la joven deslumbramientos perniciosos.

Una expresión de sorpresa se formó en el bello rostro de Myra. Lentamente paseó la mirada en tomo suyo y luego la fijó en el rostro de Sage.

—¿Terrestres? —preguntó débilmente.

—Sí, señorita Payton —contestó Sage.

Myra lanzó un profundo suspiro de alivio.

—Gracias a Dios —murmuró.

—Soy el capitán Sage —se presentó el joven—. Éste es Rick Cavera, uno de mis tripulantes...

Myra movió la mano ligeramente.

—Ahora no, por favor —dijo—. Me siento muy fatigada. Deseo dormir.

Sage se quedó de piedra.

—¡Dormir! —resopló.

Cavera se puso en pie y le agarró por un brazo.

—Ella tiene razón, capitán —dijo—. Necesita unas horas de

sueño natural, sin drogas. Cuando despierte se encontrará mucho mejor.

Myra sonrió.

—Así es —confirmó.

—Bien —accedió Sage con cierto despecho—, ahí a la derecha tiene usted un pulsador. Llame cuando se despierte. Pero ¿no quiere comer antes alguna cosa?

Myra cerró los ojos suavemente.

—No. Dormir, solamente dormir...

Cavera sacó al joven de la cámara.

—Unas horas de sueño le harán más bien que una buena comida —afirmó. Miró al joven fijamente—. Y una cosa, capitán: ¿sabe ella que ha estado durmiendo durante cuatro siglos?

—¿Qué es lo que quieres decir, Rick? —preguntó el joven.

—Ella viene de muy lejos, jefazo...

—Sí, ya lo sé —dijo Sage con acento, impaciente.

—Su nave es de un tipo anticuadísimo. No sé aún cómo puede funcionar un trasto semejante, pero de lo que no me cabe duda es que carece del paralelizador espaciotemporal.

—¿Eh?

—Recuerde, hombre. Los primeros viajes a las estrellas resultaron catastróficos. Una nave partía, estaba diez años fuera..., pero cuando volvía habían pasado cien o ciento cincuenta años en la Tierra. Ninguno de los que partieron entonces encontró viva a su familia... ni siquiera a ninguno de los que habían organizado y financiado su viaje.

—Es cierto —reconoció Sage preocupadamente.

—Usted sabe bien por qué ocurrían cosas así; a fin de cuentas, es un profesional. Pero el tiempo, en una astronave que volaba a velocidades superlumínicas, transcurría de otra manera, con otro ritmo, que el tiempo terrestre.

—Y ello, hubo de obviarse recurriendo a hacer que el tiempo y el espacio discurrieran paralela y simultáneamente.

—Exacto; con el paralelizador, que suprimió todos esos inconvenientes. Si la «Myra Payton» no tiene paralelizador, y todos los indicios hacen suponerlo así, ella se llevará la gran sorpresa al despertar, pues creerá que sólo ha estado dormida uno o dos años o cinco, a lo sumo, en lugar de los cuatrocientos que han transcurrido

realmente desde que hizo su última anotación en el diario de a bordo.

Sage se mordió el labio inferior con expresión preocupada.

—Eso significa que sufrirá un choque, ¿no? —dijo.

—Probablemente, pero es a usted a quien compete darle la noticia y procurar que no se lleve demasiado susto.

—Después de haber perdido a toda la tripulación no creo que eso la impresione ya demasiado —dijo Sage.

En aquel momento sonó una voz por los megáfonos:

—¡Capitán, al puente!

Era el segundo, Christian Enkle.

Sage echó a correr hacia la cabina de mando. Al llegar allí, Enkle le tendió un papel.

—Acaba de llegar —dijo—. Lo envía la Oficina Directriz.

Sage tomó el despacho. Leyó:

«Astronave «Myra Payton», fletada por Fundación Lomax-Payton, al mando del capitán Rex R. Payton, fines exploraciones estelares, zarpó de tierra, según archivos esta Oficina, el 2 de junio de 2086. A falta de noticias, se la dio como desaparecida definitivamente doscientos años después.»

Sage movió la cabeza afirmativamente. Cavera tenía razón.

La «Myra Payton» carecía de paralelizador espacio-temporal. Al no disponer de dicho aparato, el tiempo había transcurrido en su exterior con una infinita lentitud, como pasaba en las primeras naves interestelares.

Y ahora, al cabo de cuatro siglos, el misterio de la desaparición de la «Myra Payton» estaba a punto de ser descifrado.

Lo sería cuando la única superviviente estuviese en condiciones de hablar.

—La Oficina Directriz pide más detalles, jefe —dijo Enkle—. ¿Qué les contesto?

—Diles que hay un superviviente, pero que, por el momento, no está en condiciones de ser interrogado. Enviaremos informes apenas tengamos ocasión. Y añade también que nos dirigimos a la Tierra a toda velocidad.

—Entendido —contestó Enkle.

Sage se sentó y encendió un cigarrillo mientras su segundo

dictaba el mensaje al cuarto de comunicaciones.

Era preciso armarse de paciencia y esperar a que Myra despertase por sí sola.

Capítulo VI

Henry Gosper tomó el último sorbo de café, chasqueó la lengua en señal de complacencia y se puso en pie.

—Bueno, muchachos, al trabajo.

Los cuatro hombres de su equipo se levantaron en el acto y le siguieron a través de los corredores de la estación hasta llegar a la compuerta que daba al cobertizo donde habían dejado el trozo de plancha procedente del cohete destruido.

Gosper presionó un mando y el aire empezó a entrar en el cobertizo. Momentos después los instrumentos señalaban una presión normal y una temperatura de veintiún grados centígrados.

—¡Adentro, chicos! —dijo, pulsando el botón que hacía funcionar el mecanismo de apertura de la compuerta.

Cada departamento estaba separado del contiguo por una esclusa de doble compuerta. Era una precaución reglamentaria contra posibles pérdidas de presión atmosférica.

Las compuertas eran gruesas, de plancha de acero de tres centímetros, con nervaduras que les conferían aún mayor fortaleza. La primera se deslizó en silencio.

Gosper se acercó a la compuerta interna y la abrió también. Cruzó el umbral y entró en el cobertizo, seguido de sus cuatro colaboradores.

—¡Eh! —gritó de repente uno de ellos—. ¿Qué es eso?

Gosper se acercó a la plancha, en donde se divisaban dos glóbulos de color verdoso que aumentaban de tamaño con cierta rapidez.

—¡Cuidado, Henry! — gritó un técnico.

—¡Apártate de ahí pronto! — advirtió otro, vivamente alarmado por el rápido incremento en el volumen de aquellas cosas.

—¡Dios mío! ¿De dónde ha podido salir... «eso»? —exclamó un

tercero, aterrado por el espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

Los glóbulos tenían ya un diámetro superior al metro. Eran semitransparentes y podía apreciarse el remolinante movimiento de su masa interna con bastante facilidad.

Su tamaño aumentaba con pasmosa rapidez. Un minuto más tarde medían ya cada uno más de tres metros.

—¡Fuera! —gritó Gosper.

Inmediatamente se produjo una huida en masa. Los cinco hombres se atropellaron mutuamente en su ansia por escapar de aquel lugar.

Gosper, sin embargo, conservó la serenidad suficiente para cerrar la compuerta. Cruzó la otra esclusa y cerró también la segunda compuerta.

—Avisen al profesor Alexery, rápido —ordenó.

En medio de todo, Gosper no había perdido el completo dominio de sí mismo. Para determinados trabajos que debían efectuarse por control remoto, el cobertizo, como otros muchos, disponía de varias cámaras de televisión, situadas estratégicamente.

Gosper conectó todas las cámaras. Así pudo ver el rapidísimo crecimiento de aquellos seres hasta que, llenando por completo el ámbito del cobertizo, cubrieron los objetivos de las cámaras.

Alexery llegó en aquel momento.

—¿Qué sucede? —preguntó,

Antes de que Gosper pudiera darle una respuesta se oyó un aterrador crujido.

—¡El cobertizo cede! —gritó alguien.

El edificio tembló y vibró sordamente. Gosper retrocedió un paso, temiendo ser aplastado por la pared que tenía frente a sí.

—Pero ¿qué…? —balbuceó Alexery aterrado y confundido.

El color verdoso desapareció repentinamente de las pantallas. Las cámaras captaron imágenes nuevamente.

Pero ahora ya no se veía el menor rastro de los glóbulos, que habían desaparecido tan misteriosamente como aparecieron. En su lugar se divisaba toda una pared del cobertizo, completamente reventada por la irresistible presión del crecimiento de aquellos seres.

Gosper comprendió que por fortuna para ellos, había cedido el punto más débil,

De otra forma, todos hubieran perecido en el acto.

Y aquello le hizo entender, aunque sólo en parte, las causas de la explosión del cohete de exploración.

* * *

Se oyó un tintineo. Casi en el acto, una voz femenina dijo:

—¿Capitán?

Sage se puso en pie de un salto y echó a correr hacia la cámara donde se alojaba Myra Payton. Abrió la puerta y miró a la joven, que continuaba todavía en la cama.

—¿Cómo se encuentra, señorita? —preguntó.

—Bien, aunque muy débil — sonrió ella —, He pasado mucho tiempo sin probar alimento...

—Eso no es inconveniente — sonrió Sage —, Ahora mismo le traeremos algo de comer.

—Sólo un poco de sopa por el momento —pidió ella.

Alguien la oyó y corrió a la cocina de la nave. Sage se acercó a la cama y colocó un par de almohadones bajo la espalda de Myra.

—Así estará más cómoda, señorita Payton —sonrió—. ¿Se recupera ya?

—Bastante —contestó ella. Paseó la vista en torno suyo—. Ésta no es mi nave, ¿verdad?

—No. Se llama «Anita B.» y yo soy su capitán y propietario. Me dedico al tráfico espacial y, francamente, no me puedo quejar.

—¿Tráfico espacial? —se extrañó Myra.

—Sí, hay mucho comercio por el espacio. Vamos y venimos dondequiera que nos ofrecen carga...

Myra abrió mucho los ojos. Sage se dio cuenta de que tenía unas hermosas pupilas de color intensamente verde.

—De modo que toman y llevan carga —dijo ello.

—Así es, en efecto. Mi nave es un «tramp», un carguero del espacio, sin ruta regular, señorita Payton. Ahora mismo vengo de Vega, cuarto sistema, planeta Beyassar, en donde tomé un importante cargamento de mercancía variada con destino a la Tierra, que es adonde nos dirigimos... y de donde salió usted el año 2086.

Myra había palidecido nuevamente.

—Capitán Sage, en el año 2086 no había tráfico interestelar de ninguna clase —dijo.

—Sólo naves de exploración, ¿verdad?

—En efecto, como la que llevaba mi nombre. ¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde entonces, capitán? —dijo ella casi gritando.

—Debe procurar ser valiente, señorita —aconsejó Sage—. Espere un momento; ya le traen la sopa.

Un tripulante entró con una bandeja en la mano, sobre la cual se veía un plato humeante. Sage colocó la bandeja ante la joven y le entregó la cuchara.

—Ande, pruébela —invitó—; aunque es de lata, está riquísima.

Pero Myra no hizo el menor ademán por tomar la sopa.

—Séame franco, capitán Sage —pidió—. ¿Cuánto tiempo he estado en catalepsia?

—Pues..., a decir verdad, no lo sé porque aún no hemos explorado su nave del todo. Me imagino que allí deben de tener un reloj calendario, ¿no?

Myra asintió.

—Sí —contestó—. Y debe de seguir funcionando de acuerdo con el tiempo interior de la astronave.

—Enviaré un tripulante a que examine ese reloj. ¿Dónde lo tiene?

—En la cámara del capitán; primera a contar desde la escotilla principal. Pero aún no me ha dicho la fecha en que nos encontramos, capitán Sage —insistió Myra.

—Estamos en marzo de 2477 —contestó Sage—. Por lo tanto, han transcurrido trescientos noventa y un años desde su salida de la Tierra y siete más desde que zarpó del planeta donde murieron todos los tripulantes de la «Myra Payton».

Ella se dejó caer sobre los almohadones.

—Estoy anonadada —murmuró —. ¡Cuatro siglos!

—Menos dos años, contando desde la partida de Kaudeddir —puntualizó él—. Permítame un instante, por favor.

Sage habló a través del interfono. Poco después se enfrentó de nuevo con la muchacha.

—La sopa se le va a enfriar —dijo.

Ella tomó la primera cucharada. Casi en el acto los colores volvieron a su cara.

—He leído el diario de a bordo —dijo Sage cuando ella estaba terminando la sopa.

—Le habrá parecido sumamente interesante —observo Myra,

—Sí, pero lo que no comprendo es por qué arrancó usted las hojas casi inmediatamente precedentes a su partida de Kaudeddir, señorita Payton.

Myra le dirigió una mirada llena de sorpresa. Antes de que pudiera decir nada se asomó un tripulante y habló:

—¡Capitán, el calendario de la «Myra Payton» marca el 19 de enero de 2095!

—Gracias, chico —dijo Sage. Se enfrentó con Myra—, Así, pues, ha estado durmiendo casi dos años… del tiempo de su nave, lo que significa cuatrocientos en total desde que partió de la Tierra.

—Dos años en estado cataléptico —murmuró la joven. Sage le retiró la bandeja, visto que había concluido la sopa, y entonces Myra se irguió en el lecho—: ¡Capitán! ¿Quién ha arrancado las hojas del diario de a bordo?

Sage respingó.

—¿Cómo? ¿No fue usted? —exclamó atónito.

—Capitán, le aseguro que, cuando me situé en estado cataléptico, el diario de a bordo se hallaba intacto, con todas sus anotaciones completas, a partir del primer día de navegación.

Sage se quedó boquiabierto.

—¿No... no se confunde usted? —dijo vacilante.

—Imposible, no hay error, capitán —contestó Myra con voz que no dejaba lugar a dudas.

—Pero, entonces, ¿quién ha arrancado esas hojas?

Hubo un momento de silencio. La mente de Sage trabajaba a toda presión. Myra parecía segura de sí misma y, sin embargo..., faltaba la inmensa mayoría de las anotaciones.

—Antes de que usted escribiera una sola línea en el diario de a bordo, ¿quién hacía las anotaciones?

—Mi padre, como comandante de la nave, o yo, por delegación suya. Nadie más escribió una sola línea en ese diario, puedo jurárselo, capitán Sage.

—Voy a hacerle una pregunta poco grata, señorita Payton —dijo el joven—. ¿Cuándo murió su padre?

—Fue de los últimos, aunque no el último. Después de él aún

murieron tres más. El último fue un tripulante llamado Sparleck.

—¿Se había marchado ya el segundo Offrex?

—Sí, escapó apenas se produjeron tres o cuatro muertes.

—¿Dejándoles abandonados a su suerte?

—Sí.

—Pero ¿es que la nave estaba averiada?

—En parte sí y en parte los motores necesitaban limpieza. Sin embargo, todos murieron antes de terminar de reparar la nave, cosa que hube de concluir yo por mí misma.

—Es decir, que Offrex le abandonó cobardemente a su suerte.

—En efecto. Lo hizo tan sigilosamente, que no nos dimos cuenta hasta que ya era demasiado tarde.

Sage movió la cabeza.

—Cosas así han pasado desde que el hombre puebla la Tierra —dijo sentenciosamente—. Pero no es la huida de Offrex lo que más me preocupa, sino la desaparición de tantas hojas del diario de a bordo.

De pronto se puso en pie y se acercó al interfono.

—¡Enkle! —llamó.

—Hola, jefazo —contestó el segundo.

—Envíeme el diario de a bordo de la «Myra Payton», por favor. Está en mi cámara, guardado en el cajón superior de la derecha.

Sage cortó la comunicación y se enfrentó nuevamente con Myra.

—Quiero comprobar una teoría —dijo.

—¿A qué se refiere usted, capitán? —preguntó Myra.

—Aunque el tiempo haya transcurrido más lentamente a bordo de su nave, suponiendo que fuese usted quien hubiera arrancado las páginas que faltan en el diario…

—Pero yo no lo hice, insisto —dijo la joven.

—Pudo hacerlo, sin darse cuenta, en un estado precataléptico, de cuyas acciones no guarda quizá memoria. En ese caso, la parte rasgada del papel hace dos años ha de tener, a la fuerza, un aspecto muy diferente del que tendría si hubiese sido rasgado ahora, por ejemplo.

—Comprendo —murmuró ella.

—Habrá bordes rasgados que estarán todavía un poco abarquillados y que se enderezarán muy lentamente si esas páginas han sido rasgadas ahora. En otro caso…

La voz del segundo sonó a través del interfono.

—Jefe, ¿está seguro de que dejó allí el diario de a bordo de la «Myra Payton»? —preguntó Enkle.

—Absolutamente. ¿Por qué lo dices?

—Es que ese diario no está en el lugar indicado. Ni tampoco en su despacho, capitán.

Hubo un momento de silencio. De pronto Sage, reaccionando, se dirigió con paso rápido hacia la puerta.

En el mismo instante se oyó una sorda explosión en las entrañas del navío. Las luces oscilaron alarmantemente, perdiendo intensidad durante unos segundos, y luego recobraron su fulgor habitual.

El suelo se agitó con fuerza, pero no tardó en estabilizarse. Myra lanzó una exclamación de susto.

Sonaron gritos. Afuera se oía el tañido de una campana de alarma.

Sage dio media vuelta y se abalanzó sobre el interfono.

—¡Habla el capitán! —dijo—. ¿Qué ha ocurrido? Estoy oyendo la alarma de pérdida de aire.

—Se ha producido una explosión en las inmediaciones del sistema de propulsión planetaria, con rotura de mamparos externos —contestó alguien—. No obstante, los cierres automáticos han entrado en funcionamiento y la pérdida de aire se ha contenido casi en el acto.

—Está bien, gracias —contestó el joven.

Cortó la comunicación y se volvió hacia Myra.

—Volveré en seguida —dijo.

Instantes después se hallaba en la cámara de mando.

—¿Enkle? —llamó.

El segundo oficial estaba inclinado sobre los aparatos de observación, Su gesto era ceñudo,

—Capitán, malas noticias —dijo Enkle.

—¿Qué sucede? Vamos, hable...

—Estamos perdiendo presión en los generadores. Si esto sigue así no podremos llegar a la Tierra, capitán — fue el desolador informe que recibió el comandante y propietario de la «Anita B.».

Capítulo VII

El profesor Alexery había convocado una reunión en el salón de la estación.

Salvo los técnicos que tenían un servicio que cumplir y que no podían abandonar inexcusablemente, todos los demás estaban allí. Las caras aparecían serias, conscientes todos ellos de la gravedad del momento.

El profesor hizo una sucinta exposición de lo ocurrido. Tras contestar a algunas preguntas dijo:

— Estamos enfrentándonos a un peligro de naturaleza totalmente desconocida. Algunos de los presentes lo han visto; era algo que crecía vertiginosamente y que, al no encontrar el suficiente espacio en el interior del cobertizo número tres, buscó la salida como pudo.

»Algo parecido debió de ocurrir en el cohete tripulado por Juan Alonso y Fiero Bini. Ignoramos de qué se trata: si es un animal o un vegetal o un ser con inteligencia… No podemos afirmar nada en absoluto. Todos los presentes sabemos perfectamente que hay innumerables formas de vida, muchas de ellas inimaginables para los terrestres hace tan sólo unos pocos cientos de años.

»Incluso ahora es raro el año que no se anuncia el descubrimiento de una nueva raza o especie, tanto animal como vegetal, en la galaxia. Es posible, por tanto, que las causas de la destrucción del cobertizo y del cohete estén en eso precisamente: en un ser de naturaleza y cualidades completamente desconocidas.

—Pero, profesor, si era un ser vivo, ¿cómo pudo desaparecer tan rápidamente? —preguntó uno de los que habían acompañado a Gosper.

Alexery señaló a un técnico que había a su lado.

—Bobby Parrish estaba observando el cohete cuando estalló. Él

puede decirle lo que vio, Michaelson.

Parrish se puso en pie.

—El cohete estalló y vi que salía una nube de algo que parecía gas de color verdoso. Inmediatamente se disipó — declaró con voz firme.

—En el cobertizo pasó algo por el estilo —intervino Gosper—, sólo que a mí no me pareció que fuese totalmente gaseoso. Desde luego crecía con sorprendente rapidez… y, si no nos damos prisa, habríamos muerto allí mismo.

—Y luego el ser, si lo era, se dilató del todo y desapareció en el espacio — añadió otro de los miembros del equipo de Gosper.

—¿Están seguros de que se «disolvió» en el vacío? — preguntó de repente Larry Elder.

—¿Por qué dice eso, Larry? — quiso saber Alexery.

—Antes de contestarle, profesor, me gustaría saber si se ha pesado la plancha que encontramos Dunon y yo.

Un hombre se puso en pie.

—Esa plancha pesa doscientos veinte kilos, gravedad de Tritón, lo cual da un peso terrestre de doscientos treinta y cuatro —dijo.

—La grúa del tractor no podía levantar la plancha — manifestó Elder—. El peso que marcaba la aguja del dinamómetro era superior a las tres toneladas.

—¿Qué quiere decir con eso, Larry? —preguntó el profesor.

—Sencillamente que el ser… o los seres, no importa ahora su número…

—Nosotros vimos dos —intervino Gosper.

Elder movió la cabeza.

—Bien, dos seres —admitió—. Profesor, esos dos seres del espacio no se «disolvieron» al reventar las paredes del cobertizo, sino que se contrajeron de manera casi instantánea.

Alexery se quedó boquiabierto.

—¿Contracción? —murmuró.

Elder se volvió hacia Gosper.

—Ustedes vieron que se dilataban con increíble rapidez, ¿no?

—En efecto. Apenas tuvimos el tiempo justo para salir…

—Y dentro del cobertizo reinaba una temperatura normal como la de este salón.

—En efecto; no íbamos a trabajar dentro de los trajes de vacío.

—Bien, en el momento en que las paredes del cobertizo reventaron, el aire escapó y la temperatura descendió instantáneamente doscientos grados por lo menos. Consecuencia, esos seres se contrajeron súbitamente.

—Creo que le comprendo a usted, Larry — dijo Alexery.

—Sí, profesor. La masa de un cuerpo es siempre la misma, cualquiera que sea su volumen, en análogas condiciones de temperatura y estado físico. Pero si el volumen aumenta, la masa pierde densidad, lo que no significa que pierda peso; y al contrario, si ese cuerpo, sin perder masa, pierde volumen, su densidad aumenta... y el peso sigue siendo el mismo.

—Lo cual explicaría la diferencia de los ciento veinte kilos tritonianos y doscientos treinta y dos terrestres a las tres toneladas y pico que su grúa no podía mover —dijo el profesor.

—Exactamente, porque es una grúa para pesos livianos, aunque eso es lo de menos ahora. Lo que sí resulta importante saber es que esos seres siguen siendo vecinos de Tritón... y seguramente también de la estación —aseguró Larry Elder con voz que expresaba claramente su creencia en lo que estaba declarando.

* * *

Después de la rotunda afirmación de su segundo, Jim Sage se sentó en su sitio habitual y examinó los instrumentos durante algunos segundos.

Delante de él tenía una pantalla de forma rectangular, en la cual se indicaba claramente la posición de la astronave. En aquellos momentos el instrumento señalaba que se hallaban en la vecindad de Neptuno.

Antes de que Sage pudiera decir nada, Enkle continuó:

—Teóricamente, deberíamos llegar a la Tierra, jefazo; la órbita está programada desde que entramos en los límites del sistema solar, pero usted sabe de sobra que los correctores automáticos de rumbo funcionan cada vez que entramos en el campo gravita-torio de un planeta.

Sage asintió. Todo lo que decía Enkle era absolutamente cierto.

—De este modo — siguió el segundo de a bordo — la nave sigue en la órbita señalada desde un principio y sólo es preciso tomar el

mando manual en las inmediaciones de la Tierra. Pero si los generadores se quedan sin presión, los correctores automáticos de rumbo dejarán de funcionar y podemos estrellarnos contra algún planeta.

»También puede ocurrir que salvemos ese planeta, pero que su atracción nos desvíe de la órbita y entonces sigamos una tangencial que nos lance fuera del sistema solar... o quizá de cabeza al Sol. Por lo tanto, la operación más urgente estriba en reparar esos generadores.

—Es verdad — concordó Sage. Tenía el ceño fruncido—: Enkle, ¿qué ha sido lo que ha causado la explosión?

—Sólo si enviamos una patrulla al exterior podremos verlo — contestó el segundo.

Sage se puso en pie.

—Iré yo —dijo.

Enkle no se opuso.

De haber estado al mando de una nave regular, Sage no podría haber salido a investigar. Era una tarea que competía a alguno de los oficiales, pero en este caso era distinto. Sage era no sólo el capitán, sino el propietario de la nave y no tenía sobre sí los directivos ni los accionistas de una empresa que le pudieran exigir cuentas más tarde.

Sage se inclinó sobre el interfono.

—¿Señor Colpotter? —llamó.

—Dígame, capitán —contestó el tercer oficial en el acto.

—Aliste una patrulla de averías. Vamos a salir en el acto para ver qué ha pasado en el casco.

—Sí, señor.

—No se olvide de los detectores de radiactividad.

—Lo tendré en cuenta, señor.

Sage cortó la comunicación.

—Enkle, continúa observando los indicadores.

El segundo señaló una esfera.

—Mira la aguja —contestó—. La presión se reduce por momentos.

—¿Crees que habrá habido pérdida de materia energética?

—La estamos perdiendo a chorros —fue la rotunda respuesta de Enkle.

Sage asintió con la cabeza. Abandonó la cabina y se dirigió hacia la cámara donde se hallaba alojada Myra Payton.

Ella le dirigió una mirada ansiosa.

—¿Es grave, capitán? —preguntó.

—Vamos a salir afuera para investigar —respondió Sage—. Le ruego que permanezca en la cámara hasta mi regreso.

—Así lo haré, capitán —prometió Myra con una ligera sonrisa.

—Gracias, señorita Payton. Hasta luego —se despidió el joven, y cerró la puerta.

Treinta minutos después, cuatro hombres flotaban lentamente en el espacio por debajo de la panza de la astronave. A fin de ganar tiempo, Sage decidió que debían acercarse usando los cohetes individuales en lugar del calzado magnético.

Antes de llegar al lugar donde se había producido la explosión, Sage y sus acompañantes vieron una especie de gasa azulada que se desprendía del casco de la nave, haciéndose más tenue a medida que se alejaba de la misma, hasta desaparecer por completo. Era el combustible que propulsaba el inmenso aparato.

Sage movió una mano.

—Señor Colpotter — habló a través de la radio—, ¿qué dice el contador de radiactividad?

—Negativo, señor; no hay indicios de radiactividad.

Sage lanzó un profundo suspiro.

—Menos mal —dijo—. Creí que se había tratado de una explosión secundaria. Entonces no podríamos acercamos ni a cien metros del agujero.

Continuó su camino. Momentos después alcanzaba el lugar por donde salía al espacio la materia energética que alimentaba los potentes motores de la nave.

Examinó el orificio a prudente distancia. Aquella sustancia líquida, que vaporizaba en el acto al contacto con el vacío, era terriblemente corrosiva. En unos segundos podía disolver el brazo de una persona.

Los bordes del agujero presentaban un aspecto característico.

—La explosión se ha producido en el interior —dictaminó segundos más tarde—. Las planchas están curvadas hacia afuera... y ha sido un buen petardo.

—¿Cómo? ¿No se debe a una súbita vaporización de la materia

energética en uno de los tanques, con el consiguiente aumento de presión? —exclamó Colpotter.

—No estaríamos aquí si eso hubiera sucedido —contestó el joven secamente—. La nave habría volado en mil pedazos sin enterarnos siquiera.

Se acercó cuanto pudo al orificio y lo examinó atentamente durante unos segundos. Tenía una forma aproximadamente circular y su diámetro alcanzaba casi a los tres metros.

De nuevo usó la radio, ahora para llamar a su segundo.

—-Enkle, ¿me oyes bien? —preguntó.

—Sí, desde luego.

—Hay pérdida de materia energética. El combustible se va a chorros.

—La aguja, sin embargo, apenas se mueve ya.

—Eso es que el tanque averiado se está vaciando. Consulta los indicadores de presión de los otros tanques.

—De acuerdo.

Enkle demoró la respuesta unos instantes. Al fin dijo:

—Los tanques números uno y dos están solamente con el mínimo de reserva. Los números tres y cuatro, agotados. El cinco, al diez por ciento de su capacidad, y el seis..., bueno, ése es el averiado.

—Perderá todo su contenido —dictaminó Sage—. Enkle, ¿crees que podremos llegar a Neptuno?

—¿Llegar a Neptuno? Si no arreglamos pronto la avería nos romperemos las narices contra su superficie.

—Nos quedaremos algo más cerca —dijo el joven—, En la estación de observación de su satélite Tritón. Ponte en contacto con ellos y diles que vamos a aterrizar para reparaciones. Allí tienen de todo… y el boquete mide tres metros por lo menos.

Enkle lanzó un silbido.

—Sí que ha sido un buen petardo —comentó.

—De unos cuantos kilos de dinamita —afirmó el joven—. Vamos, todos adentro —ordenó acto seguido.

Minutos después empezaban a quitarse los trajes espaciales. Apenas se hubo despojado del suyo, Sage se dirigió al puente de mando.

Examinó los indicadores durante unos momentos. Luego dijo:

—Tendremos suficiente para la maniobra de aterrizaje, Enkle.

—Eso creo yo, jefazo. Oiga, antes habló de dinamita.

—Sí, eso dije, y no retiro ni una sola sílaba.

—Le creo, capitán, pero ¿quién diablos usa dinamita ahora? Es un explosivo pasado de moda…

—El explosivo será pasado de moda, aunque sólo hasta cierto punto. Ahora se le llama neodinamita o dinamita-2, como quieras, pero los efectos son los mismos.

—La neodinamita ocupa la cuarta parte del volumen de la vieja dinamita — alegó el segundo.

—Sí, y los mineros de Ahelstrohn la usan a toneladas. ¿Es que ya no recuerdas que les llevamos un cargamento entero la última vez que fuimos a Ahelstrohn?

Enkle asintió preocupadamente.

—Yo creí que habíamos descargado allí la dinamita, jefe — murmuró.

—Me quedé unos cuantos cartuchos —dijo Sage—. Uno no sabe nunca cuándo podrá utilizar quinientos o mil gramos de explosivo…, pero menos sabe aún todavía cuándo puede aparecer el saboteador a bordo.

Enkle le miró con cara de pasmo.

—¿Saboteador?

—Y quizás algo más —contestó el joven ceñudamente—. Primero rompió casi todas las páginas del diario de a bordo de la «Myra Payton»; luego lo robó de mi cámara… y finalmente sacó la dinamita y provocó la explosión.

—Pero ¿por qué hizo todo eso, capitán? ¿Quién es el que ha vuelto loco a bordo? —exclamó Enkle, cada vez más estupefacto.

—Por qué lo ha hecho no lo sé todavía, aunque estoy forjándome una teoría. Quizá sea desatentada, descabellada… o como quieras llamarla, pero de lo que sí estoy seguro es que ese individuo no está loco. Ni muchísimo menos —concluyó el joven con voz rotunda.

Capítulo VIII

Jim Sage se dirigió a continuación a la cámara donde descansaba Myra Payton.

Entró sin llamar, dada su preocupación, que le hizo olvidar el detalle. Cuando abrió la puerta vio que la joven no estaba en la cama.

En el primer momento se alarmó vivamente. Pronto hubo de admitir que su alarma carecía de fundamento.

Myra salió del baño contiguo. Se había peinado los cabellos, recogiéndolos en un gracioso moño con la ayuda de una cinta de color rojo que le prestaba un aspecto realmente encantador. Al ver al joven le dirigió una amable sonrisa.

— Estuve arreglándome de nuevo, capitán —explicó—. Después de cuatrocientos años durmiendo... ¿Es grave la avería? —preguntó con avidez.

Sage contempló a la joven durante unos segundos. Era alta, de formas suaves, pero bien trazadas, y se comprobaba que era una mujer de espíritu fuerte simplemente con ver la rectitud de su espalda. En todo momento se mantenía erguida y firme, aunque sin dar muestras de arrogancia ni orgullo desmedidos.

—Tenemos que aterrizar en Tritón —contestó él—. Hay allí una estación científica, dotada de grandes medios, y podremos reparar la avería para llegar a la Tierra.

—Entiendo. Oí por los altavoces que perdían combustible.

—Sí. Nos quedaba el suficiente para llegar a la Tierra, pero no me atrevo a seguir el viaje en estas condiciones. En Tritón me suministrarán el necesario.

Sage volvió a mirar a la joven.

—¿No se le cansan las piernas? —preguntó de repente.

—Las noto un poco flojas —respondió Myra—. Pero se me

pasará pronto; por eso procuro estar de pie, para devolver la elasticidad a los músculos.

Sage se acarició la mandíbula.

—Cuatrocientos años durmiendo... —murmuró. ¡Debió de ser horrible la aventura de Kaudeddir!, ¿no?

Myra perdió la sonrisa.

—Horrible —confirmó—. Uno tras otro fueron muriendo...

—¿Alguna enfermedad?

—No. No se trataba de ninguna enfermedad, aunque es preciso reconocer que dos de ellos murieron de sendas pulmonías.

—¿Qué ocurrió, pues? —insistió Sage.

La joven respiraba entrecortadamente. Su pecho subía y bajaba con rapidez.

—Por favor, capitán —dijo—. Han pasado cuatrocientos años, pero sólo en cierto modo. Para mí... es como si la última muerte hubiese ocurrido apenas hace unos meses.

—Comprendo —dijo él—. Ya me lo contará cuando se sienta mejor. ¿Le gustaría ver la nave? —propuso.

Los ojos de Myra brillaron.

—Por supuesto —respondió—, Para mí resultará una experiencia interesantísima.

Sage sonrió.

—Venga, por favor —dijo.

Salieron de la cámara. A los pocos pasos Myra hubo de apoyarse en el brazo del joven.

—Aún me siento un poco débil —se excusó.

—Si quiere, regresamos...

—No, no; sigamos, capitán. Quiero conocer una nave construida cuatro siglos después de mi nacimiento.

—La verdad, nadie diría que tiene usted esa edad —sonrió él—. Su cara y su figura son las de una jovencita de... ¿veinticinco años?

—Veintiocho, capitán —puntualizó Myra—. Tenía veintiuno cuando salí de la Tierra y, teóricamente, sólo han pasado siete años para mí después de entonces.

—No tiene ni un día más —afirmó él—. Su organismo no ha sufrido en lo más mínimo, salvo por la inevitable debilidad, que pronto se le pasará.

Durante unos minutos recorrieron lo más importante de la nave,

cuya disposición interior era totalmente distinta de cuanto conocía Myra. Al fin llegaron a la cámara de mando.

Enkle estaba siendo relevado por el tercer oficial. Sage presentó a Myra a los dos hombres y ella les saludó graciosamente.

Enkle elogió su belleza. Colpotter se limitó a un hosco gruñido.

—No le haga caso —sonrió Sage—; es su carácter.

La joven miró a Colpotter con moderada curiosidad durante unos segundos. Luego, con interés profesional, empezó a examinar los aparatos, cuyo objeta le explicaba Sage con todo detalle.

Estaban a punto de terminar cuando entró un tripulante con dos papeles en la mano.

—Mensajes de la Tierra, capitán —dijo.

—Gracias, Ollid —contestó Sage, tomando los despachos.

Leyó el primero. Procedía de la Oficina Directriz de Astronáutica y su contenido era el siguiente:

«Astronave patrullera «J. R. Santos» sale su encuentro para transbordo superviviente «Myra Payton». Sírvase hacerse cargo de salvamento y remolque «Myra Payton», convertida en reliquia astronáutica que debe ser conservada cualquier precio. Oficina Directriz es heredera derechos Fundación Lomax-Payton y abonará gastos operación.»

—¡Qué divertido!... —gruñó Sage—. La sorpresa que se van a llevar cuando conozcan la verdad... Enkle...

—Sí, jefazo.

El segundo no había salido aún de la cámara. Sage le entregó el despacho.

—Léelo, llora y luego diles lo que pasa.

—-Entendido. Voy en busca de un pañuelo para enjugar mis lágrimas —contestó Enkle guasonamente. A continuación Sage leyó el segundo mensaje:

«Prensa Estelar a capitán "Anita B." rogamos transmita superviviente "Myra Payton" oferta cinco millones dólares por derechos exclusiva relato sus aventuras. Rogamos también pronta respuesta. A. G. Dickens, gerente Prensa Estelar, Avenida Silver Tree, 5771, New London-F-2.»

—Esto es para usted, señorita Payton —dijo el joven, entregándole el mensaje.

Myra leyó el espaciograma.

—¿Van a pagarme cinco millones sólo por contar lo que he hecho? —preguntó atónita.

—Y es una fruslería comparado con lo que puede obtener —sonrió Sage— Si quiere un buen consejo, dejaremos el mensaje sin respuesta. Esto les picará…, y cuando los de Prensa Estelar se han enterado de que usted vive, es que la noticia se ha hecho pública. Hay más agencias literarias y no tardará usted en recibir más mensajes análogos. Espere… y elija.

Myra sonrió.

—No cabe duda de que vuelvo de regreso a la Tierra —manifestó.

—Así es. Pero la patrullera tendrá que recogerla a usted en la estación científica de Tritón. Nosotros llegaremos allí antes que la nave enviada en su busca.

—¿Y mi astronave?

—Tendremos que dejarla en órbita en torno a Tritón hasta que la mía haya sido reparada. No puedo hacer otra cosa.

Myra se mordió los labios.

—¿Cuánto tardaremos en aterrizar, capitán?

—Tres días; antes no, de ninguna manera.

Ella le miró fijamente.

—Capitán, el manejo de la «Myra Payton» es para usted tan desconocido como el de un automóvil a un caníbal —dijo—. Si no le importa, yo dirigiré esa maniobra apenas esté restablecida del todo.

Sage se inclinó ligeramente.

—No puedo oponerme a su voluntad, que es la de la dueña de la nave —contestó.

* * *

Larry Elder entró como una tromba en el despacho del profesor Alexery.

—¡Profesor! —gritó—. ¡Ya tengo la solución!

Alexery acababa de recibir un mensaje que no le había hecho maldita la gracia. Sólo por un verdadero esfuerzo consiguió no contestar con un taco a los grifos del muchacho.

—¿Qué es lo que ha solucionado? —preguntó en tono seco.

—El asunto ese de los seres misteriosos. Ya sé cómo cazarlos —dijo Elder con los ojos muy brillantes.

Al profesor podían molestarle ciertas actitudes, pero tenía la virtud de escuchar todas las opiniones, por disparatadas que fueran. Luego resolvía lo más conveniente, pero ninguno se iba de su lado sin una respuesta, si no favorable, correcta y educada por lo menos.

—No es usted el primero que me propone una solución para ese desdichado caso — contestó —. En fin, hable y veremos.

—Bueno, la solución la teníamos delante de las narices... ¿Recuerda que la grúa del tractor no podía levantar la plancha?

—Sí, eso fue lo que dijeron ustedes.

—Bien, en mi opinión, esos seres se reducen a un estado poco menos que microscópico. Yo creo que el frío les paraliza y se defienden de las bajas, temperaturas, mediante una enorme contracción de su volumen. Pero ello no significa que puedan desplazarse, sino que, por el contrario, tienen que hallarse aún en las inmediaciones del cobertizo destruido.

Alexery miró al joven con interés.

—Es probable —admitió—. Siga, Larry.

—Los seres no están entre las ruinas, sino algo más lejos. Fueron empujados o como quiera expresarse, por el aire que salió violentamente al reventarse la pared.

—Recuerde que cada ser de esos pesa más de una tonelada, casi dos — advirtió Alexery.

—Sí, pero en el momento de la expulsión del aíre, ocupaban casi todo el espacio... y el aire, en esas circunstancias, también empuja un poco, profesor.

—Bueno, admitamos que se encuentran en las inmediaciones. ¿Qué se hace entonces para encontrarlos?

—Muy sencillo: una pala excavadora, con un dinamómetro acoplado.

Alexery abrió los ojos.

—¡Caramba! —exclamó.

—La cuchara de la pala puede cargar hasta seis toneladas de

material, peso terrestre. Con el dinamómetro acoplado, en el momento en que el indicador señale un peso fuera de lo corriente, sabremos que ya hemos «cazado» por lo menos a uno de esos bichos... y prácticamente, todo lo que hay fuera de la estación es gas congelado, cuyo peso específico por unidad de volumen conocemos perfectamente. El resto...

Alexery se acarició la mandíbula pensativamente.

—Sí, es fácil dar con esos seres. Pero, ¿cómo los capturamos a continuación? ¿A dónde los metemos desde la cuchara de la excavadora, Larry?

—Es cuestión de paciencia, profesor. Mientras estemos en el vacío, no son peligrosos; lo demuestra el hecho de que no atacaron al equipo del señor Gosper, a pesar de que crecían de volumen. Bueno, una vez estén en la pala, se separa el hielo sobrante...

—¿Y si tiramos alguno al suelo?

—El dinamómetro lo señalará en el acto. Se recoge de nuevo ese fragmento y luego se encierra en una caja.

—¿Y después?

Elder se encogió de hombros.

—Profesor, yo puedo entregarle los seres dentro de la caja, pero lo que haya de hacerse después, creo que le compete a usted —respondió.

Alexery hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Muy bien, Larry; es una buena idea. Vaya preparándolo todo y... Ah, dígale al señor Gonçalves que venga.

—Profesor, no es preciso que haga intervenir al jefe de ingenieros —alegó el muchacho —.Yo puedo hacerlo perfectamente...

—Lo sé, Larry, lo sé, pero no se trata de eso, sino de una nave averiada que se dirige hacia aquí y a la cual hemos de prestar socorro.

—Comprendo, profesor —sonrió Larry—. Avisaré inmediatamente al señor Gonçalves y... Gracias por todo, profesor.

Elder se marchó tan turbulentamente como había entrado. Alexery lanzó un profundo suspiro.

«Ah, la juventud», pensó. Los años se le habían pasado rápidamente y, si bien había ganado honores y preeminencias, ya no era un muchacho. En aquellos momentos, se hubiera cambiado

de buena gana por el inquieto Larry Elder.

La llegada de Gonçalves interrumpió sus melancólicas reflexiones.

—Larry me dijo que usted me llamaba, profesor.

Alexery le entregó el mensaje recién recibido. Gonçalves lo leyó e, inmediatamente, lanzó una exclamación.

—¡Demonios! ¡Nada menos que Jim Sage, profesor!

—¿Cómo? ¿Conoce usted al capitán de la «Anita B.»?

—Ya lo creo. Hicimos juntos los cuatro primeros cursos de ingeniería estelar. Luego, Jim derivó hacia la astronáutica y yo...

Gonçalves frunció el ceño.

—Es un buen piloto —dijo—. Debe de hallarse en un apuro de los gordos, cuando nos pide ayuda.

—No nos queda otro remedio que dársela, señor Gonçalves —manifestó Alexery.

—Por mi parte, encantado — aseguró el ingeniero—. Profesor, ¿puedo hablar con Jim?

—Desde luego —accedió Alexery—. Vaya a la central de comunicaciones y que le faciliten un canal. Así conoceremos más detalles de la avería.

—Eso espero, profesor — respondió Gonçalves, dirigiéndose ya hacia la puerta.

Capítulo IX

Jim Sage escuchó en silencio el largo relato que Myra le hizo de sus aventuras en la astronave que llevaba su nombre.

La muchacha le contó la partida, las exploraciones en distintos planetas y el repentino e inexplicable lanzamiento de la «Myra Payton» al infinito, hasta que tropezaron con el planeta que llamaron Kaudeddir, en honor al tripulante que lo avistó en primer lugar.

Allí aterrizaron y, durante las primeras semanas, no ocurrió nada de particular. El ingeniero de la nave descubrió que los motivos del alejamiento de la nave se debían a que ésta había caído en una especie de «hoyo» del espacio, en donde adquirió una velocidad fabulosa, que les llevó a las inmediaciones de Kaudeddir.

Aquel «hoyo» poseía extrañas propiedades. Durante semanas enteras, estuvieron sin ver nada, más que un espacio gris oscuro, en el que no se percibía la menor imagen. Luego, entraron en un espacio normal y entonces avistaron el sistema al cual pertenecía Kaudeddir.

Myra relató también el primer ataque de los seres globulares. Murió un tripulante y tardaron semanas enteras en averiguar la causa de su muerte. Cuando quisieron escapar, se dieron cuenta de que la nave estaba averiada.

Llegaron a la conclusión de que la avería se debía a los extraños seres y empezaron a repararla. Sin embargo, cada vez que estaban a punto de zarpar, la avería se producía nuevamente.

Así transcurrieron tres años, en un infierno de angustia e incertidumbre, muriendo todos poco a poco. Myra creyó que acabaría también por morir, pero su tenacidad y su voluntad, y el hecho de haber descubierto el arma que podría derrotar a los seres globulares, hicieron por fin que la victoria se inclinase de su lado.

—En el diario de a bordo no leí yo ninguna anotación referente a esos seres —manifestó Sage, cuando ella hubo terminado su narración.

—Estaban bien especificados todos los detalles en las páginas que usted encontró a faltar —respondió ella—. Por otra parte, en las últimas anotaciones no tuve valor para volver a mencionar el tema.

—Comprendo —dijo él. Se puso en pie y le sirvió una taza de café—. Tómeselo, lo está necesitando.

Myra bebió el café. Sonrió.

—Parece que me encuentre mejor —dijo.

—Claro, como que ya lleva dos días de vida normal... y, además, aunque no se lo parezca, se ha descargado de un gran peso.

—Eso es cierto —reconoció la joven—. Me hacía falta contar a alguien lo que me pasó.

—No tardará en dictárselo a una secretaria —sonrió Sage—. Por fin, ¿a quién concederá los derechos de su relato?

—A «Prensa Estelar» —respondió Myra—. Fueron los primeros y, además, aumentaron la oferta casi al doble.

—Me parece muy bien —aprobó el joven—. No conviene ser demasiado avaricioso y...

Empezó a pasearse por la estancia.

—Así que Rud Offrex escapó con un cohete auxiliar —dijo.

—Sí; ya habían muerto más de la mitad de los tripulantes —contestó ella—. Debió enloquecer de pánico...

—Pero un bote auxiliar, que yo sepa, no es un aparato apto para navegación interestelar —alegó Sage.

—La «Myra Payton» llevaba uno que podía transportarnos a todos, en caso necesario, a cualquier parte de la zona estelar conocida.

—¿No estaban averiados sus motores? —se extrañó Sage.

—Sí, pero, al parecer, Offrex los reparó sin decir nada a nadie.

—Un comportamiento muy raro —murmuró el joven—. ¿Reconocería usted a Offrex si lo viera?

—Inmediatamente, por supuesto —contestó Myra, segura de sí misma.

—Descríbamelo, por favor — pidió Sage.

—Era... algo más bajo que usted, ancho de hombros, pelo negro, cejas muy espesas, ojos oscuros... unos cuarenta años de edad,

aproximadamente.

Sage meditó unos momentos. De pronto, sonó una voz a través del interfono.

Dio el contacto y dijo:

—Habla el jefazo. ¿Quién es?

—Enkle, capitán. El ingeniero Gonçalves quiere hablar con usted. ¿Le paso la comunicación?

—Por supuesto.

Sage esperó unos segundos. No tardó en oír la voz de su amigo.

—Adelante, Alfredo —invitó.

—Jim, ¿cuándo pensáis aterrizar? —preguntó el ingeniero.

—Pues... dentro de unas veinticuatro horas, aproximadamente. ¿Por qué quieres saberlo?

—Tengo que darte un consejo. Jim, tú conoces la estación, ¿verdad?

—Estuve una vez, si es a eso a lo que te refieres —contestó Sage —. De todas formas, recuerdo su disposición exterior.

—Muy bien, cuando aterrices, hazlo en el lado oeste, según la brújula tritoniana. No salgas de la nave, ni tú ni ninguno de tus tripulantes, hasta que se os dé permiso. ¿Entendido?

—Entendido, sí, pero, sólo hasta cierto punto, ¿Por qué semejantes precauciones, Alfredo?

—Lo siento, no puedo ser más explícito por ahora. Te ruego obedezcas mis instrucciones puntualmente, Jim —pidió Gonçalves.

—Así lo haré, Alfredo —prometió Sage—. Basta que lo digas tú para que...

Gonçalves le interrumpió de pronto, sin dejarle seguir hablando.

—Oye, Jim, ¿es cierto que habéis encontrado una superviviente en la «Myra Payton»?

—Sí, desde luego; precisamente la chica que dio su nombre a la nave.

—¿Qué tal es? ¿Guapa?

Sage miró de reojo a la joven, la cual escuchaba claramente la conversación. Myra se ruborizó al oír la pregunta del ingeniero.

—¡Arrebatadora, Alfredo! —contestó Sage al cabo.

—Aquí estamos locos por conocerla. Los noticiarios han dicho muchas cosas de ella, aunque me imagino que la mayoría serán puros disparates. ¡La verdad, no todos los días tiene uno ocasión de

ver de cerca a una «joven» de cuatrocientos y pico de años!

—Pues te aseguro que no se le notan en absoluto, Alfredo. Bien, ¿algo más?

—Eso es todo… salvo que recuerdes mis instrucciones, Jim.

—Tengo buena memoria. Hasta mañana, Alfredo.

—Adiós, Jim.

Sage cortó la comunicación y se volvió hacia la muchacha.

—Debe de pasar algo en la estación —dijo.

—¿Algún accidente? —preguntó Myra.

Sage meneó la cabeza.

—No puedo, imaginármelo siquiera —contestó—. Pero no será demasiado grave cuando nos permiten tomar tierra.

Se puso en pie y se dirigió hacia la puerta.

—Descanse y no se preocupe de más —dijo, con sonrisa tranquilizadora.

Myra sonrió también. A Sage le parecía cada vez más encantadora.

—Gracias, capitán.

De allí, Sage se dirigió rectamente a su cámara. Una vez en ella, se acercó al interfono y llamó:

—Enkle, ven.

No esperó siquiera a la respuesta de su segundo. Sentose ante la mesa y, abriendo un cajón, sacó una gruesa carpeta en la cual se encontraban todas las documentaciones de vuelo relativas a los tripulantes de la «Anita B.».

La vestimenta podía parecer propia de unos piratas y la forma de tratarse de unos y otros podía estar reñida con las normas comunes, pero había algo con lo que Sage no bromeaba, no sólo por conveniencia propia, sino porque podía costarle su patente de capitán de astronave.

A veces, las patrulleras policiales revisaban la documentación de los tripulantes. No era raro el que se enrolaba en una astronave para rehuir sus responsabilidades ante la ley y, aunque Sage creía no llevar ningún delincuente a bordo, había decidido revisar la documentación con objeto de comprobar, si por medio de los expedientes personales, era cierta o no la teoría que se había forjado dos días antes.

Enkle asomó por la puerta de la cabina.

—Me hago visible y audible, jefazo —dijo—. ¿En qué puedo serle útil?

—Entra y te lo diré — contestó el joven.

Enkle cruzó el umbral y cerró la puerta. El aspecto de Sage le pareció inusitadamente serio.

—Parece que ocurre algo grave, capitán —dijo.

—Así es —respondió Sage—, Ocurre algo, aunque la calificación de grave no sea totalmente la adecuada. Digamos más bien extraña, Enkle.

—Bien, suéltelo de una vez, capitán. Me matará de curiosidad si no lo explica pronto —pidió Enkle, impaciente.

—¿Tú conoces la historia de Myra Payton?, ¿verdad?

—Sí, usted la ha relatado someramente —admitió el segundo.

—Sabes que hubo un oficial de aquella expedición, llamado Rud Offrex que, espantado por lo que pasaba en Kaudeddir, salió de estampida y dejó abandonados a su suerte a los tripulantes de la «Myra Payton» que aún no habían muerto.

—Así nos lo contó usted, capitán.

Sage señaló con la mano el fajo de carpetas personales que tenía sobre la mesa.

—Vamos a revisar estos expedientes —dijo—. Estoy seguro de que Rud Offrex se encuentra a bordo de la «Anita B.».

Sobrevino una pausa de silencio.

Los dos hombres se miraron mutuamente. Enkle tenía la boca abierta de par en par.

Sage confiaba plenamente en Christian Enkle. Era un hombre más joven que él, unos cinco o seis años menos, y llevaba ya casi diez sirviendo a su lado.

Enkle se había enrolado como simple tripulante en la «Anita B.». Su inteligencia y su capacidad, aparte de un título profesional de elevada ciase, le había llevado, en el transcurso de aquellos años, a ocupar el puesto de primer oficial de la astronave.

Había sido una elección afortunada y Sage no había tenido que arrepentirse jamás de haberla tomado.

Al fin, Enkle soltó un resoplido.

—Imposible, jefazo —dijo—. Yo no creo que Offrex...

—Seamos prácticos, muchacho —le interrumpió Sage—. Hagamos cálculos y pensemos en las fechas relativas a la «Myra

Payton».

—Hable, capitán.

—Offrex escapó de Kaudeddir cuando apenas llevaban un año en aquel planeta. Myra estuvo dos más, más otros dos que ha permanecido en estado cataléptico.

—Son cuatro años, sí —concordó Enkle.

—Bueno, aun suponiendo que Offrex hubiese tardado dos años en llegar a la Tierra, o nosotros salimos de allí la última vez hace siete meses escasos, Y antes de este viaje, hemos hecho dos más, en todos los cuales he aceptado uno o dos tripulantes para suplir las bajas que se han ido produciendo.

—Sí, es cierto, pero, ¿cómo no se enteró nadie de su llegada a la tierra, jefazo? — preguntó el segundo.

—Bueno, ése es un asunto secundario por el momento, Lo interesante es que tenemos aquí a Offrex… y que puede ser uno de los treinta y siete hombres de la tripulación, descontándonos a ti y a mí. A ti, porque te conozco de sobras y, además, eres más joven que él… y yo no soy Offrex de ninguna manera.

Enkle se acercó a la mesa y hojeó los expedientes.

—En los dos últimos años, hemos enrolado siete tripulantes, para cubrir otras tantas bajas. Son esos siete expedientes los que hemos de examinar, descartando a todos los demás, capitán —dijo.

—Convendría que examináramos los de cuatro años a esta parte; de este modo, eliminaremos la posibilidad de un error por omisión…

—Es cierto. Pero, dígame, jefe, ¿qué pinta tiene el tal Offrex? ¿Por qué no le pregunta sus señas físicas a Myra Payton?

—Ya lo hice, Enkle — contestó Sage —. Offrex tiene cuarenta años, pelo negro, cejas espesas, ancho de hombros y…

Enkle empezó a apartar carpetas, fijándose en las fechas de enrolamiento. Al fin, se quedó con diez.

—Offrex es uno de estos tipos — aseguró.

Cada carpeta llevaba una fotografía del interesado, además de los datos personales y su historial de vuelo, copia del registrado en la Oficina Directriz. Se incluía una descripción física, con señas personales y las huellas dactilares.

De los diez individuos sospechosos, cuatro podían ser el oficial desertor de la «Myra Payton». En las astronaves de carga, como la

de Sage, no se admitían individuos débiles y enclenques.

Sage examinó las cuatro fotografías una por una. Todos eran individuos robustos, de edad lindante con la cuarentena, pelo negro.

—Bueno —dijo Enkle de pronto—, hay un medio para comprobarlo sin posibilidad de error.

—¿Cuál? —preguntó Sage.

—La documentación de la «Myra Payton».

Sage hizo chasquear sus dedos.

—¡Es verdad! —exclamó—. ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes?

—Le faltaba yo —se pavoneó Enkle—. En serio, jefe; las normas sobre documentación de las astronaves, han variado muy poco desde hace siglos. Puede que no encontremos ninguna fotografía de Offrex, cosa que me parece sumamente improbable, pero de lo que sí creo estar seguro es que, en la carpeta de Offrex encontraremos sus huellas dactilares.

—Justamente —respondió el joven, poniéndose en pie—. Ahora mismo iremos a...

La nave se estremeció de pronto. Los dos hombres vacilaron un instante, aunque no tardaron en recibir el equilibrio.

—¿Qué diablos ocurre? —preguntó Enkle.

—Ahora mismo lo sabremos —contestó Sage, abalanzándose sobre el interfono—. Habla el capitán. ¿Qué es lo que ha sucedido?

Una voz le dio una explicación completamente inesperada:

—¡Capitán, los arpeos que sujetaban a la «Myra Payton» se han soltado!

Sage lanzó una gruesa interjección. Corrió al ventanal más próximo y miró a través del mismo.

Los cables de remolque flotaban ondulantemente en el espacio. Lenta pero inexorablemente, las dos naves se separaban a ojos vistas.

Capítulo X

La aguja del dinamómetro inició repentinamente un brusco ascenso.

Larry Elder observó con ansiedad el movimiento de la aguja. Cuando vio que rebasaba ampliamente la cifra tres, lanzó una exclamación de alegría.

— ¡Profesor, ya los tenemos! —gritó a través de la radio.

Elder y Dunon estaban en el interior de la cabina estanca de la excavadora, cuya cuchara se veía llena de fragmentos de gas helado. Elder detuvo el movimiento de la pala y esperó órdenes.

Acompañado de un técnico, que guiaba la máquina, Alexery se acercó al lugar, en otra excavadora de menor tamaño, pero con cuchara de pinzas. Alexery tomó el micrófono y dijo:

—Larry, vamos a separar los trozos de hielo. Observe atentamente el dinamómetro y cuando observe una brusca disminución de peso, avísenos inmediatamente. ¿Comprendido?

—Sí, profesor. Ya pueden empezar cuando quieran.

—Adelante, Robert —ordenó Alexery.

El operario puso la máquina en movimiento. Las pinzas de la cuchara asían los bloques de gas helado y los apartaban a un lado, vaciando así la otra cuchara, de capacidad mucho mayor.

La cuchara quedó medio vacía. De pronto, el acompañante de Alexery notó una inesperada resistencia en el extremo del brazo de su máquina.

—Me parece que ya los he atrapado, profesor —dijo—. Apenas puedo levantar ese bloque de hielo.

La cuchara había cogido con sus pinzas un trozo de hielo de medio metro escaso de diámetro, en la mayor de sus dimensiones. El operario dio potencia al brazo, pero el bloque de hielo continuó en el mismo sitio.

—Larry —llamó Alexery.

—¿Profesor?

—Creo que están en ese trozo de hielo que ha cogido Robert.

—Lo veo perfectamente, profesor; pero esa máquina no puede levantar las tres toneladas.

—Haré que venga la grúa. ¿Está la caja preparada?

—Lista para la prueba en cuanto usted lo indique, profesor —respondió Elder.

A poca distancia, en un lugar brillantemente iluminado, se divisaba una caja de forma cúbica, de materia transparente, unida por medio de unos cables a la excavadora que manejaba Elder. Varios técnicos esperaban ansiosamente en aquel lugar.

Las dimensiones de la caja rebasaban algo el metro, por lo que su capacidad era superior al metro cúbico. Apoyada en uno de sus costados, se veía la tapa, a la cual se había dotado de unas chamelas de seguridad, que serían ajustadas en el momento del cierre.

La grúa llegó rodando pesadamente sobre sus orugas. Era un artefacto capaz de levantar con toda facilidad pesos de diez toneladas terrestres. Uno de sus maquinistas saltó sobre la cuchara, enganchó un cable al trozo de hielo y saltó fuera apenas hubo terminado su tarea.

Los miembros de la estación se hallaban tranquilos. Mientras la temperatura no subiese por encima del cero de la escala centígrada, los seres globulares no revivirían.

La pluma de la grúa hizo el traslado sin dificultad. El bloque de hielo quedó depositado en el interior de la caja.

Una vez sueltos los cables, se procedió a colocar la tapa. Entonces, Alexery dio una orden;

—¡Larry, calor!

Los cables que unían la caja a su máquina servían para elevar la temperatura interna de la caja. Elder movió una palanca y la temperatura de la caja se elevó.

A los ciento doce negativos, el metano y el amoníaco helado se convirtieron de nuevo en gas y escaparon por un orificio practicado en uno de los costados de la caja. El amoníaco se vaporizó a los cincuenta negativos.

La caja quedó bien pronto vacía de gases. Aparentemente, estaba vacía de todo.

—Más calor, Larry.

Elder continuó aumentando la temperatura. El orificio de escape había sido sólidamente taponado.

Dunon leía la temperatura en el termómetro conectado con la caja. De pronto, dijo:

—Está a cero grados.

—Sigan —ordenó el profesor.

Elder aumentó la temperatura. De pronto, sonó un grito.

—¡Ya se ven!

Dos glóbulos amarillo verdosos, ligeramente achatados, acababan de aparecer en el fondo de la caja» Alexery saltó de la máquina y se acercó a contemplar aquellos seres, el aumento de cuyo tamaño era claramente perceptible a simple vista.

—¡Basta de calor! —gritó, a través de la radio de su casco espacial—. ¿Cuál es la temperatura?

—Doce grados, profesor —contestó Elder»

—Rebájela a cero.

—Sí, profesor.

Elder manipuló el mando correspondiente,

—¡Es tarde ya! —gritó Dunon.

Elder lanzó una mirada a la caja. Los seres globulares crecían con vertiginosa rapidez.

—¡Apártense de la caja! —aulló.

Alexery y los demás iniciaron una alocada desbandada. En pocos segundos, aquellos extraños seres llenaron el ámbito de su encierro.

Las paredes de la caja tenían casi diez centímetros de espesor y eran de «vitraceryl», una sustancia que gozaba de las propiedades del vidrio y el acero combinadas, capaz de resistir elevadísimas presiones. Sin duda, los constructores del «vitraceryl» no habían calculado que aquel material debía enfrentarse un día con la fenomenal presión desarrollada por unos extraños seres espaciales.

Una de las paredes saltó en mil pedazos. Inmediatamente, los dos seres, cuya separación no se podía apreciar, alcanzaron un tamaño exorbitante, casi diez metros.

Ello ocurrió en un segundo, con una velocidad vertiginosa. Un segundo más tarde, el tamaño se había reducido a una décima parte y dos después, habían dejado de verse.

Todos los espectadores de la escena se quedaron boquiabiertos.

Aquello era algo completamente nuevo para ellos.

Durante unos momentos, sólo hubo silencio en aquel lugar. De pronto, Elder lanzó una interjección.

—¡Demonios! ¿Es que no va a haber un medio de echar el guante a estos tipejos espaciales?

Elder no obtuvo ninguna respuesta a sus palabras. Pero, súbitamente, la atención de todos los presentes fue desviada por un hecho insólito.

Un enorme relámpago brilló a lo lejos. En el vacío, no se transmiten sonidos, pero el fragor de la explosión llegó hasta aquel lugar a través de las capas sólidas de la superficie de Tritón.

Alexery llamó por la radio al puesto de observación.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—Una astronave, señor —dijo el observador de turno—Debió de haber perdido el control y se estrelló contra una montaña.

* * *

Myra Payton abrió la puerta de su camarote y dio un paso fuera, pero, inmediatamente, un hombre armado la cerró el paso.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Por qué no me deja salir?

—Ordenes, señorita —contestó el individuo—, El capitán ha establecido una guardia permanente en su puerta.

Myra enarcó las cejas.

—No comprendo —dijo— ¿Es que hay alguien que pretende causarme daño?

El hombre hizo un gesto ambiguo.

—No me lo pregunte a mí, señorita; yo sólo me limito a cumplir lo que me ordenaron.

Myra contempló el extraño fusil que empuñaba aquel individuo y al que supuso unas propiedades altamente destructoras. De pronto, dijo:

—Supongo que si le digo que me escolte, usted no se negará a dejarme ir hasta el puente de mando.

—Tengo orden de pegarme a usted dondequiera que vaya —respondió el sujeto calmosamente.

—Muy bien, entonces, vamos allá.

Myra caminó con paso resuelto, enfundada en un traje de una

sola pieza que le había sido facilitado del almacén de la «Anita B.». Era de un tejido suave y esponjoso y se amoldaba discretamente a las suaves líneas de su esbelta silueta.

Momentos después, seguida de su vigilante, irrumpía en la cámara de mando. Sage, Enkle y Colpotter estaban allí, contemplando algo con sumo interés.

—¿Capitán?—llamó la joven.

Sage se volvió en el acto,

—Dígame, señorita — contestó.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué han puesto un guardia en la puerta de mi camarote?

Sage movió una mano,

—Acérquese, por favor.

Acuciada por la curiosidad, Myra obedeció. Los dos oficiales se apartaron ligeramente y entonces ella pudo contemplar las imágenes que se recibían en una gran pantalla de televisión.

—¡Es mi astronave! —exclamó, Mena de asombro.

—En efecto —confirmó Sage.

La trayectoria de la «Myra Payton» era fácilmente visible. La nave se acercaba a gran velocidad a la superficie de Tritón.

—¡Se va a estrellar, capitán! —dijo Myra acongojadamente.

—No hay solución para ese choque —contestó Sage con sombrío acento.

—Pero... la nave estaba siendo remolcada por la suya.

—Alguien cortó el aflujo de energía a los arpeos magnéticos y su nave se soltó. Cuando quisimos capturarla, era ya tarde.

—¿Quiere decir que se sintió incapaz de maniobrar con su nave? —preguntó Myra, cada vez más asombrada.

—No podía derrochar un solo gramo de materia energética en perseguirla —contestó Sage—. Necesitamos todo el combustible que tenemos para tomar tierra en Tritón. Usted no se da cuenta de la cantidad de energía que consumen los motores antigravitatorios... claro que no se habían inventado todavía cuando partió de la Tierra.

Myra asintió en silencio. La nave estaba ya muy próxima a Tritón.

El telescopio acoplado al ojo de la cámara, acercaba prodigiosamente las imágenes. Ya se podían ver los primeros picos

de la sierra que se hallaba en la relativa vecindad de la estación de observación.

El impacto resultó sumamente espectacular. Un enorme fogonazo, reproducido en sus colores naturales, lanzó dentro de la cámara de mandos de la «Anita B.» un enorme chorro de luz. Cuando el resplandor se hubo disipado, aún se pudieron ver restos llameantes de la nave, que caían a los abismos tritonianos, junto con enormes masas de rocas despedazadas por el estallido.

Myra se mordió los labios. Sus ojos estaban inundados de lágrimas.

—¿Por qué? ¿Por qué han hecho eso? —preguntó con acento doliente.

—Ha sido una sola persona, señorita Payton —afirmó Sage.

Myra volvió sus ojos hacia el joven.

—¿Offrex?

—No puede tratarse de otro. De este modo, destruye el material de identificación que debía de haber, sin duda, a bordo de la nave.

—Pero... en los archivos de la Tierra.

Sage agitó la cabeza.

—Eso ya es más dudoso — contestó —. La astronáutica ha progresado fabulosamente en cuatrocientos años y buscar unas carpetas personales entre millones debe de resultar una labor ímproba, aparte de que es muy posible que Offrex, a su regreso, haya destruido toda la documentación relativa a él.

—Pero... no lo entiendo —dijo Myra—. Offrex no cometió, hasta cierto punto, un delito excesivamente grave...

Sage sonrió.

—Podía haber salvado al menos las vidas de veinte o treinta personas y no lo hizo. Es de suponer que se sintiera aterrorizado por lo que ocurría en Kaudeddir, pero ni eso le sirve de disculpa, porque no era nada difícil avisar que ya tenía alistada la nave auxiliar. Todos habrían escapado de allí, ¿verdad?

Myra asintió con un gesto.

—Desde luego —repuso.

—Entonces, Offrex es culpable de todas aquellas muertes.

—Pero, ¿por qué está a bordo de su nave, capitán? Un hombre de sus condiciones, después de lo que pasó... debería sentir horror por volar nuevamente en una astronave.

—Primeramente, debe fijarse en que ha cambiado de nombre —declaró Sage—. Segundo, llegó en una época en que la astronáutica interestelar es, comparada con la de cuatrocientos años antes, absolutamente segura. Pudo sentir de nuevo el atractivo de volver al espacio, cosa nada extraña y, finalmente —dispénseme la palabrota—, también ha sido maldita casualidad que fuese a alistarse precisamente en mi propia nave.

Myra movió la cabeza, haciendo un signo de aquiescencia. De pronto, Enkle intervino y dijo:

—Capitán, estamos llegando ya. ¿Dispongo la maniobra de aterrizaje?

—Por supuesto —contestó Sage.

Myra paseó la vista en torno suyo.

—¿Debo volverme a mi camarote o puedo quedarme aquí? —preguntó.

—Oh, quédese aquí: no estorba en absoluto —accedió Sage.

—Pero... no veo sillones antichoque...

Sage y los demás rieron cortésmente.

—Eso pertenece ya a la prehistoria de la astronáutica, señorita Payton —respondió el comandante de la nave.

Capítulo XI

Un segundo antes de que la nave se detuviese, Enkle presionó un mando y las patas sustentadoras salieron del vientre. Las anchas plataformas de los soportes impidieron que se hundiesen excesivamente en el helado suelo de Tritón.

—Es una lástima —dijo Sage, cuando el segundo hubo detenido los motores—. Andamos escasos de materia energética y no podemos dejar la nave a media gravedad tritoniana. Espero —añadió—, que el profesor Alexery pueda suministrarme carburante.

La estación se hallaba a unos trescientos metros de distancia. En la eterna noche tritoniana, los edificios brillaban deslumbradoramente.

Varias figuras se acercaban a la astronave.

—El comité de recepción —sonrió Sage—. Vamos a darles la bienvenida. ¿Quiere venir conmigo, señorita Payton?

—Gracias, capitán.

Abandonaron la cámara y se dirigieron al vestíbulo principal, situándose frente a la esclusa de entrada.

Minutos más tarde, varios individuos penetraban en la nave, ya con los cascos quitados.

Uno de ellos se adelantó y estrechó con fuerza la mano del joven.

—Me alegro de verte, Jim —saludó el ingeniero.

—Digo lo mismo, Alfredo —contestó Sage—. Permíteme que te presente a la señorita Myra Payton.

Gonçalves volvió los ojos hacia la joven.

—Es la mujer más hermosa que he visto en los días de mi vida —confesó llanamente.

Myra se ruborizó.

—Creo que exagera, señor...

Sage les interrumpió:

—Alfredo, dejémonos de rodeos —dijo—, ¿Puedes decirme qué ocurre aquí? Parece que empleaste un tono demasiado misterioso en tu comunicación de instrucciones de aterrizaje...

—Lo que está pasando no tiene nada de agradable —manifestó el ingeniero—. Sin embargo, me gustaría hablar contigo con más... comodidad.

—De acuerdo, ven a mi cámara. Nos dispensará, ¿no es cierto, señorita Payton?

—Por supuesto.

Gonçalves se volvió hacia sus acompañantes.

—Muchachos, esta es la señorita Payton —presentó—. Es indiscreto declarar la edad de una dama, pero sólo a partir de los cien años.

—Y yo cuento ya con cuatrocientos veintiocho

—dijo Myra, siguiendo la corriente.

Sonaron algunas risas. Sage acabó agarrando a su amigo por el brazo y se lo llevó de allí, mientras los hombres de la estación rodeaban a Myra alborotadamente.

Los dos hombres se encerraron en la cámara. Sage sacó una botella y dos vasos.

—Habla, Alfredo — pidió.

—El asunto es serio —contestó Gonçalves—, Estamos enfrentados a un grave peligro... y lo peor es que no sabemos cómo combatirlo.

Sage llenó los vasos y pasó uno a su amigo.

—Bebe. Es vino de Samad-Cuatro. Pocos hay en la Tierra que le igualen y ninguno que le supere — dijo.

Gonçalves tomó un sorbo.

—Es mejor que el de mi oporto natal —comentó apreciativamente—. Bueno, Jim, el asunto es...

* * *

Quince minutos más tarde, Sage se acercó al interfolio y tocó una palanquita.

—Habla el capitán —dijo—. Hagan el favor de avisar a la señorita Payton. La espero en mi cámara.

Cerró el contacto y se enfrentó con su amigo.

—Ella solucionará vuestro problema —dijo—. Tengo entendido que es la primera persona de la Tierra que ha conseguido sobrevivir después de una lucha con esos seres globulares.

Gonçalves le miró atónito.

—Me dejas parado —exclamó.

Sage sonrió satisfecho.

—Un favor se le hace siempre a un amigo —contestó.

—¡Eh! —dijo Gonçalves de pronto—, ¡pero... si esos seres no se han mostrado hostiles con nosotros en ningún momento! ¡El peligro estriba en la imposibilidad de convivir juntos, pero no en sus ataques!

Sage meneó la cabeza.

—Todo lo que quieras, pero en Kaudeddir mataron a treinta y nueve personas. Es posible que en Tritón las condiciones ambientales no les sean favorables, pero, ¿qué pasarían si llegaran a un planeta habitable?

—Es verdad —reconoció el ingeniero, abrumado.

—Por principio, soy enemigo de matar a ningún ser vivo de la Galaxia, a menos que se pueda comer asado —dijo Sage—. Las formas de los seres vivientes son infinitas y todos ellos deben ser respetados, pero cuando alguno me ataca, sólo pienso en una cosa: él o yo.

—Tienes razón —concordó Gonçalves—. Oye, esa chica, ¿dónde diablos se ha metido? Parece que tarda demasiado...

Sage frunció el ceño.

—No parece muy inclinada al devaneo, pero, después de tantos años, ¿quién sabe? —contestó—. Voy a ver... —y se acercó al interfono.

La lámpara de llamada osciló en aquel momento. Sage dio el contacto.

—¡Capitán! —dijo una voz excitada—, ¡hemos buscado por todas partes a la señorita Payton y no la encontramos!

Sage lanzó una maldición.

—¡Offrex se ha salido con la suya! —rugió—. ¡Búsquenla por todas partes, ahora mismo! ¡Que todo el mundo deje lo que está haciendo para ocuparse exclusivamente de la señorita Payton!

—Sí, capitán.

Sage llamó al segundo.

—¡Enkle!

—Diga, jefe.

—Compruebe el número de trajes de vacío —dijo—, Compruebe también el indicador de apertura de las distintas escotillas. Cierre todas las compuertas exteriores con la llave general hasta nueva orden.

—Sí, señor.

Acto seguido, Sage cortó la comunicación. Se abalanzó hacia su mesa, abrió uno de los cajones y extrajo una pesada pistola.

Miró a su amigo con ojos llameantes.

—Si ese maldito Offrex le ha causado el menor daño, juro que le abrasaré en cuanto me lo eche a la cara —dijo. Y corrió hacia la salida.

Gonçalves le siguió inmediatamente. Sage llegó en pocos momentos a la cabina de mando.

—Cerradas todas las salidas, señor —informó el segundo.

—¿Y los trajes espaciales?

—Brutton, el contramaestre, los está contando, ayudado por dos tripulantes.

—¿Brutton? Esa es una labor que compete al tercer oficial. ¿Dónde está Colpotter?

—Se fue hace rato, señor. Imagino que debe de andar buscando a la chica —contestó Enkle.

Sage se mordió los labios.

—Myra iba acompañada por un guardaespaldas —dijo—. Era Subraski. ¿Dónde está Subraski?

Enkle se quedó parado.

—Con ella, naturalmente — contestó al cabo.

—¿Con ella? —Sage rió amargamente—. En lugar de un hombre de escolta, debí haberle puesto un batallón de guardias de «corps», Da la alarma y que busquen a Subraski.

—Ahora mismo, capitán.

Sage se volvió hacia su amigo.

—Esta condenada nave es demasiado grande —rezongó—. Puede estar en tantos sitios...

Brutton, el contramaestre, entró en aquel momento.

— Jefe, he contado los trajes de vacío —dijo.

—¿Están todos?

—No, señor. Falta uno.

Sage se quedó con la boca abierta.

—Creí que faltarían dos — exclamó.

—Ramírez, McTrea y yo los hemos contado por dos veces y separadamente —declaró el contramaestre—. No hay posibilidad de error, capitán.

—Y todas las salidas están cerradas —dijo Enkle—, así que Offrex está aún dentro de la nave y no puede escapar.

—Tal vez repetirá lo que hizo en Kaudeddir — sugirió Gonçalves.

—Tenemos dos naves salvavidas —manifestó Sage—. Los mecanismos de separación de las compuertas que permiten su salida al espacio están también bloqueados.

—Así es —confirmó el segundo de a bordo.

Una voz sonó repentinamente por el megáfono.

—Capitán; hemos encontrado a Subraski. Está herido...

—¿Dónde? —preguntó Sage inmediatamente.

—Junto a la escotilla número siete, señor.

—Voy allí en el acto. Enkle, siga aquí. Los demás, todos conmigo.

Sage se precipitó fuera de la cámara. Momentos después, se detenía frente a una compuerta, al pie de la cual se hallaba un hombre tendido en el suelo.

Cavera le atendía. Al llegar el joven, levantó la vista y dijo:

—Ha recibido un buen porrazo solamente. Dormirá un rato, le dolerá la cabeza después..., pero no pasará de ahí, capitán.

—¿Y la chica? —preguntó Sage con voz crispada—. Estaba con él...

—Lo siento, señor; cuando llegamos aquí, vimos solamente a Subraski —respondió Cavera.

—¿Tardará mucho en despertar? —preguntó Sage ansiosamente. Mientras durase la inconsciencia de Subraski, desconocerían el paradero de Myra.

—El golpe ha sido muy fuerte, señor —informó Cavera—. Ignoro cuánto tiempo estará desmayado...

Sage se mordió los labios. ¿Habrían llegado tarde para salvar a Myra?

La idea se le hizo insoportable. Si Myra había muerto...

De pronto, sus ojos se fijaron en algo que llamó poderosamente la atención. Acercándose a la compuerta, examinó la junta con todo detenimiento.

Usando los dedos índice y pulgar tiró de unas hebras rojas que sobresalían de dicha juntura. Gonçalves se inclinó para mirar por encima de su hombro.

—¿Qué es eso, Jim? —preguntó.

—Restos del lazo rojo que Myra llevaba en el pelo —contestó él. De pronto, con voz de trueno, ordenó—: ¡Abran esa compuerta!

Uno de los tripulantes se precipitó a cumplir la orden. El pesado panel de acero giró lentamente a un lado.

Gonçalves lanzó un grito cinco segundos después.

—¡Está ahí, Jim!

Myra yacía en el suelo, completamente inmóvil. Sage se precipitó a través de la abertura y se arrodilló junto a la muchacha, poniéndole una mano en el pecho.

—¡Vive! —exclamó casi en el acto—. ¡Rick, oxígeno, pronto! ¡Lleve una botella a mi cámara inmediatamente!

—Sí, capitán.

Sage pasó los brazos por debajo del cuerpo de la joven y la levantó a pulso.

—El asesino ha huido de la nave —dijo—, Brutton, reúna inmediatamente a toda la tripulación, Aquel que falte será Offrex —afirmó con voz llena de seguridad en lo que decía.

Capítulo XII

Myra abrió los ojos tras un espacio de tiempo que a Sage se le antojó insoportablemente largo. Ella le miró un instante y sonrió.

—Hola, capitán —dijo con voz débil.

—Celebro haber llegado a tiempo —manifestó Sage, lanzando un profundo suspiro—. Rick, un poco de coñac.

—Sí, capitán.

Sage tomó la copa y la acercó a los labios de la joven, ayudándola a incorporarse ligeramente. El licor hizo añorar de nuevo los colores a sus mejillas,

—Gracias, ya me encuentro mejor —dijo.

Sage la dejó tendida de nuevo sobre la cama. Gonçalves, con los brazos cruzados, contemplaba silenciosamente la escena.

—¿Está en condiciones de hablar? —preguntó él.

—Sí, por supuesto.

—Díganos lo que ocurrió, por favor.

—No puedo ser muy explícita —contestó Myra—. Sé que Subraski gritó y, cuando quise volverme, una mano me tapó la boca. Noté que me empujaban hacia una esclusa abierta y luego me dieron un violento empellón, Caí de rodillas, pero me levanté en seguida.

Myra respiraba afanosamente. Sage intentó que descansara, pero ella no quiso.

—Corrí hacia la compuerta, adivinando lo que iba a suceder. Era ya tarde y no podía abrirla desde adentro, pero entonces se me ocurrió dejar una pista y me arranqué de un manotazo el lazo. Apenas si tuve tiempo de introducir un pico por la ranura antes de que la compuerta se cerrase del todo. Inmediatamente, noté la falta de aire...

—Pero no murió —intervino Gonçalves— y eso es lo que más

me extraña.

—Yo sé lo que ocurrió —dijo Sage.

Myra, Cavera y Gonçalves fijaron su atención en el joven.

—Debió de ocurrir en el momento en que yo daba la orden de bloquear todas las salidas de la nave —manifestó Sage—. Naturalmente, las compuertas externas ya no se podían abrir sino desde el puente y Offrex fracasó ahí al no lograr que Myra quedase expuesta al vacío del exterior.

—Pero podía haberse asfixiado —dijo Gonçalves—. ¿Por qué sobrevivió?

—Al bloquear el mando general de cierre exterior, quedan bloqueados también los mecanismos tanto de aspiración como de expulsión del aire contenido en las esclusas. Es una medida de precaución que puede servir en ambos sentidos... y no debemos olvidar que, ordinariamente, mientras la compuerta externa está cerrada, la esclusa está llena de aire. Myra podía haber muerto por haber consumido todo el oxígeno de la esclusa antes que por haberse aspirado el aire, cuya acción fue interrumpida por mi orden.

La explicación de Sage era la única sensata y así lo comprendieron todos los presentes. Tras algunos comentarios más sobre el particular, Sage preguntó:

—¿Le pudo ver la cara, señorita Payton?

—No, porque me atacó por la espalda y no permitió que me volviera en ningún momento —respondió ella.

—Offrex teme que usted lo reconozca —dijo Sage—. ¿Acaso tenía alguna señal particular que pudiera delatarlo?

Myra reflexionó durante unos momentos.

—No recuerdo —respondió tras una corta pausa—. Pero si ha desaparecido el diario de a bordo de la «Myra Payton», si la nave está destruida, si hubiese muerto yo... una vez identificado en su actual estado, ¿quién podría declarar contra él en un posible juicio por el abandono de los supervivientes?

—Eso es cierto —reconoció Sage—. Offrex siempre podría alegar que se perdió en el espacio, que alguien le envió a una misión de reconocimiento, que no supo encontrar el camino de vuelta a Kaudeddir... Sin un testigo directo, hasta el más torpe de los abogados conseguiría su absolución. No le declararían tal vez

inocente, pero sí un veredicto de no culpable.

—Que para el caso sería lo mismo —dijo Gonçalves—. Hablemos ahora de otra cosa, señorita Payton. El capitán Sage me ha dicho que usted descubrió el método para combatir a los seres globulares.

—Demasiado tarde —contestó ella con voz afligida.

Enkle irrumpió de pronto en la cámara.

—¡Jefazo, ya sabemos quién es Offrex! — exclamó con gran vehemencia.

Myra se incorporó en el lecho. Sage se acercó a su segundo.

—Vamos, Enkle, suéltalo.

—Colpotter. Es el único que falta.

Hubo un momento de silencia. Luego, Sage maldijo amargamente.

—Debí haberlo supuesto —mascullό—. Si alguna vez no han visto al campeón galáctico de la estupidez, ahora lo tienen delante.

—¿Por qué tenía que haberlo reconocido? — se extrañó Myra.

Sage se volvió hacia ella.

—Ahora lo recuerdo, pero entonces no presté ninguna atención a esos detalles —contestó—. Ocurrió cuando entramos en su nave y ordené que diesen luz. Lo hizo Colpotter y no vaciló en absoluto para encontrar el interruptor... cosa que a cualquiera de nosotros, nos habría costado muchísimo. Ninguno habíamos estado antes en una nave construida hace cuatrocientos años y tan distinta de ésta como lo puede ser un buque de vela de un gran transatlántico.

—Sí, es verdad —admitió la joven.

—Y cuando ordené abrir la puerta de la cabina, que también es distinta a las de mi nave, él lo hizo asimismo sin titubear. ¿Por qué no recordé antes esos detalles?

—Bueno, lo importante es que ella está a salvo y nos ayudará a combatir a esos seres — dijo Gonçalves.

—Aguarda un momento —le interrumpió Sage—. Peor que los seres globulares, a los cuales el frío impide todo movimiento, tenemos afuera a otro ser bien protegido contra el frío del espacio por un traje adecuado. Ése es nuestro primer objetivo...

—Sí, pero, ¿por dónde ha salido? —exclamó Enkle.

—Tal vez se ha escondido en alguna de las bodegas de carga — sugirió Cavera.

Sage meneó la cabeza.

—No —contradijo—. Tenía una puerta abierta... precisamente la única que Enkle no pudo cerrar desde el puente.

—¿Cuál? —preguntó Myra, invadida por la curiosidad.

—El bloque que abrió en la quilla la explosión de la dinamita —respondió Sage sin vacilar.

—¡Rayos! —exclamó Enkle.

—Pero, ¿por qué sale a un lugar donde no puede escapar? —se extrañó Gonçalves—. Aquí, entre la carga de tu nave, podría permanecer escondido largo tiempo antes de ser encontr...

—Hay naves auxiliares en la estación —le interrumpió Sage—. ¿O ya lo habías olvidado, Alfredo?

—Es cierto —contestó el ingeniero—. Y como no sabíamos nada, están en un lugar donde no hay vigilancia.

Sage agarró del brazo a su amigo y lo empujó hacia fuera.

—Enkle, llévate al ingeniero Gonçalves y que hable con su estación. Es de todo punto imperativo evitar que Offrex consiga apoderarse de una de las naves auxiliares.

—Sí, señor. Venga conmigo, ingeniero.

Los dos hombres salieron de la estancia. Myra, repuesta ya, se puso en pie.

—Capitán, ¿qué es lo que piensa hacer usted? —preguntó.

—Tengo que dar caza a Offrex antes de que cometa una barbaridad —contestó Sage—. Voy a ponerme un traje de vacío...

—Espere —dijo Myra—, yo iré con usted.

—¿Cómo?

—Tengo que salir —insistió la joven—. El peligro no sólo está en Rud Offrex, sino en los dos seres globulares que se hallan en las cercanías de la estación.

—Es cierto —concordó Sage—. Y usted sabe cómo combatirlos.

—Sí. Lo averigüe ya demasiado tarde, cuando yo era la única superviviente —se lamentó Myra.

—Pero eso la salvó y, a mí, particularmente, es lo que me importa —afirmó Sage rotundamente.

—¿Qué? ¿Lo... dice en serio, capitán?

Sage la miró rectamente a los ojos.

—Hay cosas con las que un hombre no debe bromear jamás —respondió—. Luego la agarró del brazo—. Pero ya hablaremos de ese asunto más adelante, con toda tranquilidad.

Los dos jóvenes salieron de la estancia y se dirigieron al vestuario, en donde, ayudados por un par de tripulantes, se pusieron rápidamente los trajes de vacío. Estaban terminando de hacerlo, cuando llegaron Gonçalves y Enkle.

—Ya hemos pasado el aviso —anunció el ingeniero—. Todos los miembros de la estación se han puesto en pie de guerra.

—Offrex debe de ir armado —dijo Sage—. Habremos de tener cuidado con él.

—Pero... no comprendo —dijo Myra de pronto—. ¿Cómo pudo escapar por el agujero? Debía de haber una escotilla cerrada en una cámara inmediatamente anterior, ¿no es así? De lo contrario, todo el aire de la nave habría escapado por el orificio...

—Aprovechó la confusión provocada por su desaparición —especuló Sage—. Y no hay escotillas ni esclusas cerca de donde está ese agujero, sino una puerta que da acceso a la cámara de tanques de materia energética. La abrió, dejando que escapase algo de aire, ciertamente, cruzó la puerta, pasó al otro lado...

—Aun así, pudo haberla dejado abierta para que muriésemos todos.

—Esas puertas no pueden quedar abiertas, habiendo una fuga de aire. Los mecanismos automáticos lo impiden... ¡y bastante trabajo debió de tener para conseguir el espacio justo y poder pasar su cuerpo!

Sage terminó de ajustarse el traje. Uno de los tripulantes le entregó el casco.

—Enkle, el combustible no importa. Haz que enciendan todos los reflectores.

—Sí, jefazo; ahora mismo.

El propio Enkle ayudó a que Myra se colocase su casco. Probaron los transmisores de radio y, una vez que vieron que funcionaban correctamente, se dirigieron a una de las esclusas, ya desbloqueada desde el puente.

Myra se tambaleó al pisar tierra firme. Sage hubo de sujetarla por un brazo para que no cayera.

—Debió haberse quedado en la nave —dijo, en tono de reproche.

Ella movió la cabeza,

—No estoy débil, capitán... pero es que acabo de pisar suelo

terrestre por primera vez en muchos años.

—Estamos en Tritón, no en la Tierra —corrigió Sage.

—Para mí, casi es igual. Recuerde la distancia que hay a Kaudeddir...

Sage asintió. Myra podía considerarse de vuelta a su punto de partida. Esto le había causado una profunda emoción, que no se había sentido capaz de reprimir.

La estación se hallaba brillantemente iluminada. Mientras se acercaban, Sage dijo:

—Lo que no me explico es cómo esos seres globulares han podido llegar hasta aquí desde tan lejos.

—A mí se me ha ocurrido una hipótesis, aunque no estoy segura de si puede considerarse como un hecho cierto —respondió Myra.

—Explíquese, señorita — pidió Gonçalves.

—Vinieron en la nave de Offrex, adheridos tal vez a su casco. Quizá luego quedaron flotando en el espacio... en las inmediaciones de Tritón.

Sage movió la cabeza.

—Es la única explicación congruente —admitió.

El profesor Alexery salió a su encuentro. Sage le presentó a la muchacha y añadió:

—Esta chica tan linda solucionará su problema, profesor.

—Si es así, la levantaré un monumento —contestó Alexery con gran vehemencia—. ¿Qué es lo que se necesita para combatir a esos bichos, señorita Payton?

—Calor, en primer lugar. Luego, una fuente de rayos ultravioleta — declaró Myra con firme acento.

—Todo eso lo tenemos aquí —aseguró Alexery—. Vengan conmigo, por favor; iniciaremos los trabajos inmediatamente.

—Un momento —terció Sage—. Olvidan una cosa.

Todos se volvieron a mirarle. Tras unos segundos de pausa, Sage agregó:

—Están olvidándose de que, fuera de la estación, hay un ser más peligroso que los «bichos» que ha nombrado el profesor Alexery.

Capítulo XIII

Las pesquisas realizadas dieron un resultado completamente negativo.

Offrex no aparecía por ninguna parte. Todos los miembros de la estación se empeñaron en una búsqueda afanosa, que dio término una hora más tarde, cuando no quedó ningún posible escondite ni recoveco que examinar.

El cobertizo donde se guardaban los cohetes auxiliares, e incluso los chorros propulsores de éstos, fueron examinados a conciencia. Offrex no daba señales de vida.

Alguien quiso hacer una gracia, diciendo que era uno de aquellos seres globulares, que se había reducido de tamaño hasta hacerse invisible, en espera de que pasara la tormenta. La broma no tuvo el menor éxito.

—De todas formas —dijo el profesor Alexery—, no puede escapar de ninguna manera. Los cohetes están bien vigilados por hombres armados, que tienen órdenes severísimas contra quien intente subir en uno de ellos, sin un permiso firmado por mí en persona. Ahora, señorita Payton, vayamos al grano.

—Sí, profesor. Necesitaremos generadores de calor y rayos ultravioletas. Por separado, naturalmente.

—Tenemos de todo eso aquí —contestó Alexery—. ¿Gonçalves?

—Ahora mismo iré a prepararlo todo —dijo el ingeniero, dirigiéndose hacia la puerta.

Alexery contempló a la muchacha con admiración no disimulada.

—De modo que vuelve a la Tierra cuatrocientos años más tarde —murmuró.

Ella se sonrojó un tanto.

—Sí, profesor, y créame que me siento contenta de hablar con

seres humanos después de…

Su voz se hizo insegura de pronto. Hizo un esfuerzo y continuó:

—Les ruego me dispensen; no pude evitarlo.

—Es lógico —contestó Alexery—. Señorita Payton, ¿puedo hacerle algunas preguntas?

—Sí, por supuesto.

—Esos seres globulares… ¿eran habitantes de Kaudeddir?

— Bueno —vaciló Myra—, estaban allí… o, por lo menos, nosotros les vimos en Kaudeddir y no en otro cualquiera de los planetas que exploramos.

—¿Cree usted que tienen inteligencia?

—Si lo miramos bajo el módulo humano, no, desde luego; pero hay otras muchas clases de inteligencia que, no siendo humanas, son tan perfectas como ésta.

—Y si vale la frase, mayores aún —agrego Sage.

—Es cierto —convino Alexery—. Entonces, usted sospecha que esos seres fueron quienes les estropearon la nave.

—Yo diría que sí —respondió Myra.

—¿Cuáles eran las características climáticas del planeta al que dieron el nombre de Kaudeddir? —preguntó el profesor.

—Un invierno muy largo y riguroso y un verano ardiente y corto, sin apenas transiciones entre ambas estaciones. Al menos, en la zona donde tomamos tierra, de donde no nos pudimos mover por la avería antedicha. Había también zonas más cálidas, pero no quisimos ir tan lejos, por no dejar sola la nave.

—¿En qué épocas solían tener lugar los ataques de los seres? —siguió Alexery.

—Normalmente, en verano. Durante el invierno apenas si se produjeron un par de ataques.

Alexery movió la cabeza reflexivamente.

—Puede que sean inteligentes, pero es la suya una inteligencia de maldad —dijo—. Además, está exacerbada por una rara xenofobia, incomprensible normalmente. Si son tan inteligentes y no querían que nadie habitase aquel planeta, ¿por qué no les avisaron de sus deseos de alguna manera? Hubiera sido lo más lógico, ¿no lo creen así?

—Tal vez, dentro de su inteligencia, son unos salvajes —apuntó Sage—. Es una lástima, pero no nos queda otro remedio que

combatirles. ¿Qué ocurriría si apareciesen en la Tierra, en donde abundan más los sitios con temperaturas superiores al cero que los sitios con temperaturas más bajas? Causarían estragos, un pánico general…

Se oyó un zumbido. Alexery tocó el contacto del interfono y escuchó:

—El segundo Enkle desea hablar con el capitán Sage, profesor.

Alexery hizo una señal con la mano. Sage se acercó a la mesa.

—Adelante, Enkle —dijo.

—Hola, capitán. Acabo de tener respuesta al mensaje que envió.

—¿Y bien?

—Hace dos años, se encontraron los rastros de un extraño cohete destrozado por completo, después de una gran explosión, que provocó el incendio consiguiente. Esto borró todas las huellas y…

—¿Dónde se encontró el cohete?

—En un lugar muy accidentado, en los Alpes franceses. Del ocupante no se hallaron ninguna clase de restos.

—Está bien, Enkle. Gracias.

Sage se volvió hacia los circundantes.

—Ése debía de ser el cohete auxiliar de la «Myra Payton». Las investigaciones proseguirán y acabaremos por encontrar a un médico, que curó a un hombre con la cara destrozada. Por eso no le reconoció usted, Myra.

Ella asintió. Las cicatrices, secuela del accidente, habían impedido que la muchacha reconociese a Offrex.

—Y luego se curó y…

Gonçalves entró en aquel momento.

—Todo listo, profesor —dijo.

Myra dio un paso hacia el ingeniero.

—Si no le importa, yo dirigiré las operaciones —manifestó.

—A su gusto, señorita Payton.

Nuevamente volvieron a equiparse con los cascos. Antes de colocárselo, Myra dijo:

—Lo descubrí demasiado tarde, cuando yo era la única superviviente. Ya no sabía qué hacer; fue un intento a la desesperada…

Sage oprimió su brazo con gesto afectuoso.

—Le queda mucha vida para olvidar aquello —manifestó—.

Salgamos ya.

Momentos más tarde, se hallaban en el exterior de la estación.

Había media docena de técnicos con sendos sopletes de gran alcance, capaces de enviar una llama de cinco mil grados a tres metros de distancia. Gonçalves puso en las manos de la joven una lámpara unida por un cable a la central de energía de la estación.

—De modo que los rayos ultravioleta les afectan —dijo—. Pero... en el espacio no tienen la protección de una capa atmosférica...

—Se protegen reduciendo la superficie que recibe dichos rayos y contrayéndose hasta alcanzar una dimensión inverosímil —explicó ella. Agitó ligeramente la lámpara—. El calor les hará aumentar de tamaño y la exposición a los rayos aumentará también.

—Entiendo —dijo Gonçalves.

Sage era un poco anticuado. Con su mano derecha, empuñaba un arma ya en desuso: una pistola atómica. Sin expresarlo públicamente, confiaba más en la pistola que en el medio ideado por Myra.

—Aquí es —dijo Gonçalves de pronto, deteniéndose ante las ruinas de un cobertizo.

Todo un lienzo de pared se había derrumbado y estaba cubierto parcialmente de gas helado. Gonçalves movió la mano en semicírculo.

—Ésa es el área sospechosa —dijo.

—Muy bien —contestó Myra—. Haga que sus hombres se sitúen en semicírculo y que lancen sus llamas contra los lugares donde se crea pueden hallarse los seres globulares, pero no es necesario que fundan el hielo directamente. Bastará con que el extremo de la llama quede a unos centímetros de distancia.

—De acuerdo.

Gonçalves transmitió las instrucciones de la joven. Luego dio una orden:

—¡Vamos, hombres, empiecen!

Seis chorros de fuego brotaron al instante de otros tantos sopletes, iluminando el lugar con cárdenos resplandores. Nubes de vapor se elevaron al instante del suelo helado.

Súbitamente, se oyó un grito agudísimo.

—¿Qué es eso? —preguntó Sage.

Un hombre salió arrastrándose de debajo del muro derrumbado. Sage lanzó una maldición.

—¡Estúpidos! ¿Por qué no miramos ahí?

El lienzo de muro no tocaba el suelo totalmente, sino que estaba apoyado en un grueso bloque de hierro, que dejaba un hueco por debajo. A ninguno de los presentes se le había ocurrido mirar en aquel lugar.

Offrex se tambaleó. De pronto, dos formas globulares, que crecían rapidísimamente, aparecieron a unos pasos de él.

—¡Cuidado! —gritó Sage.

Myra enfocó la lámpara hacia los seres globulares. Uno de ellos pareció estallar como un simple globito de goma y desapareció en fracciones de segundo.

El otro se desplazó hacia su izquierda. Offrex se hallaba en su camino, aturdido por las ráfagas de calor recibidas.

Myra vaciló. De pronto, Offrex desapareció en el interior de la masa globular, que se agitaba convulsivamente.

La silueta del oficial fue visible unos momentos, moviéndose con frenesí dentro del monstruo. Luego se esfumó con rapidez, disolviéndose en el seno de aquella masa hirviente, hasta que desapareció por completo.

Myra parecía paralizada por el asombro. Uno de los técnicos dirigió hacia el ser su chorro de llamas, pero no obtuvo ningún efecto.

El ser pareció encolerizarse y se desplazó en busca de una nueva presa. Alguien tiró su soplete y escapó enloquecidamente.

Sage saltó hacia la joven y le arrebató la lámpara, dirigiendo sus rayos hacia el monstruo. Un segundo después, se producía una silenciosa explosión y el ser desaparecía de la vista de todos los presentes.

En el suelo aparecieron unos objetos metálicos: un casco, hebillas, parte de un transmisor de radio, unas botellas de aire, las suelas de unos zapatos magnéticos... Era todo lo que quedaba de Rud Offrex.

* * *

Ei peligro había sido conjurado.

La «Anita B.» había sido reparada y reabastecida de combustible para todos sus motores: planetarios, antigravitatorios y estelares. En el puente, Myra contemplaba la, en apariencia, lenta aproximación a la Tierra.

No había querido trasladarse a la patrullera policial anunciada por la Oficina Directriz. Myra prefirió seguir viaje en la nave del capitán Sage.

Enkle ocupaba el puesto del piloto. Myra, en pie, con los brazos cruzados, contemplaba un panorama estelar, que le había sido familiar siete años antes.

Sage entró en la cabina con un mensaje en la mano.

—Buenas noticias, Myra —dijo.

—¿Sí? —contestó ella.

—El gobierno se había hecho cargo de la fundación Lomax-Payton. Ahora reconsiderará su decisión y le otorgarán una importantísima indemnización.

—La necesitaré —dijo Myra.

—¿Para qué? —preguntó Sage, sorprendido.

—Quiero volver a Kaudeddir. Alistaré una nave con todos los medios disponibles. Es un buen planeta para establecerse allí.

—Pero los seres globulares…

—Ahora ya los conocemos. Puede que nos viésemos forzados a dar muerte a dos de ellos, pero también es cierto que los de la «Myra Payton» no intentamos entablar relaciones con ellos.

—Bueno, lo haremos cuando lleguemos allí. Les ofreceremos la guerra o la paz… lo que elijan,

—¿Cómo? ¿Es que va a venir conmigo? —se sorprendió Myra.

Discretamente, Enkle se puso en pie y abandonó la cámara.

— Usted necesita un buen comandante de astronave —sonrió Sage—. Y yo, modestia aparte, lo soy.

Ella le miró y sonrió.

—Está proponiéndome que le contrate para capitán de mi nave —dijo.

—Capitán de la «Myra Payton II» —respondió él.

—¿Ya la ha bautizado… y aún no la he adquirido?

—Si no le gusta el nombre, podemos darle otro.

—¿Cuál, Jim?

—«Myra Sage».

Hubo un momento de silencio.

Sage la tomó en brazos.

—No sólo necesitarás un capitán para tu nave, sino también un esposo —dijo.

Myra exhaló un profundo suspiro.

—Soy muchísimo más vieja que tú —murmuró, ocultando la cabeza en su pecho.

—No, Sólo has vivido, pero de otra forma, algunos años más que yo. De todas formas, a partir de ahora, únicamente contará la manera en que vas a vivir tu vida... a mi lado.

—Sí, a tu lado —confirmó Myra.

FIN



Próximo número:

Las llaves
sirven para
abrir algo,
pero aquella
iba a conseguir
cerrar algo:
¡para siempre!

LA LLAVE

Kent Wilson

Precio: 9 ptas.